

¡ PROLETARIOS DE TODOS LOS
PAISES UNIOS!

Mundo Obrero

ORGANO DEL COMITE CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA

AÑO XXXII — Número 2 — MADRID, 1º de Enero de 1962 — Precio : 1 peseta

INFORME DEL CAMARADA SANTIAGO CARRILLO SOBRE EL XXII CONGRESO DEL P.C.U.S.

I. — DEL SOCIALISMO AL COMUNISMO

El Congreso de la victoria del marxismo-leninismo

Camaradas :

Acabamos de asistir al XXII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, que tan extraordinaria repercusión ha tenido en todo el mundo. Hemos visto en Moscú a los delegados de cerca de diez millones de comunistas discutir libre y profundamente todos los problemas ligados a la construcción del comunismo en la U.R.S.S.; hemos sido testigos de la amplia democracia y de la unidad profunda, nada formal, manifestada allí; testigos del gran entusiasmo, del formidable impulso con que los comunistas y el pueblo soviético abordan sus nuevas tareas.

Si hubiera que resumir nuestra impresión de conjunto, yo lo haría así : *el XXII Congreso ha confirmado de manera incontrovertible el triunfo del marxismo-leninismo; ha demostrado que en la U.R.S.S. se realizó con éxito la primera Revolución Socialista, se han sentado los fundamentos para la edificación del comunismo y se aborda esta etapa con todas las condiciones para llevarla a cabo de manera satisfactoria.*

Entre nosotros, comunistas, esta conclusión puede parecer ociosa, por sabida. Pero no toda España, no toda la Humanidad, son aún comunistas; y nosotros no hablamos sólo para los comunistas.

Durante muchos años, millones de personas honestas, pero no comunistas — e influidas en mayor o menor grado por los prejuicios anticomunistas — han seguido con expectación la experiencia soviética, preguntándose : ¿ Estamos realmente ante una revolución socialista, que marcha hacia la realización de la igualdad entre los hombres, hacia la creación de un hombre moral y espiritualmente superior, o simplemente ante un ensayo social que, por importante que sea, no representará un cambio fundamental, radical, en la historia del progreso humano ?

Si nosotros, comunistas, estábamos convencidos de la respuesta afirmativa, para infinidad de gentes esta cuestión no estaba

aún resuelta. No hay que olvidar que desde hace cuarenta y cuatro años, en torno a cuanto acontece en la Unión Soviética no sólo se libra una discusión apasionada, sino que está girando el desarrollo de la lucha de clases en escala mundial, aunque en cada país esta lucha tenga particularidades y formas en correspondencia con las características nacionales respectivas. Y ello se debe a que la revolución rusa es la primera revolución socialista triunfante, y a que ha tenido lugar en un país vastísimo cuyo peso mundial era ya grande, y en estos años se ha vuelto decisivo.

Hace años, cuando el porvenir del socialismo parecía rodeado de serias incertidumbres, los trotskistas sostenían el criterio de la imposibilidad de construir el socialismo en un solo país; de la imposibilidad de llegar al comunismo por la vía seguida en la Unión Soviética. Como, desgraciadamente, el triunfo de la revolución socialista se retrasaba en otros países, la posición trotskista entrañaba la renuncia al socialismo, la capitulación ante la burguesía, y el retroceso hacia formas sociales burguesas. Hoy es claro que si los trotskistas hubiesen impuesto su criterio, no existirían ni la U.R.S.S., ni el sistema socialista mundial al cual ella ha servido de fundamento, ni las revoluciones liberadoras nacionales; es decir : todo cuanto ha quebrantado al sistema del imperialismo, al régimen de explotación social y nacional, condenándole a la bancarrota definitiva.

Por su parte, los oportunistas socialdemócratas, se han esforzado por presentar la revolución soviética como un gigantesco « capitalismo de Estado », negando la esencia socialista de aquélla.

Los anarquistas — particularmente en España — han repetido indistintamente unos y otros argumentos, aunque su acusación fundamental contra la revolución soviética era que ésta no había abolido, de golpe, el Estado; como si el Estado, en vez de extinguirse a través de un largo proceso, pudiera abolirse radicalmente desde los primeros pasos de la revolución.

Al lado de estos ataques a la Unión

COMUNICADO DEL COMITE CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA

En la primera quincena de diciembre se ha reunido el Pleno del Comité Central del Partido Comunista de España para examinar los resultados del XXII Congreso del P.C.U.S. Informó el camarada Santiago Carrillo.

Tras profunda discusión, el Comité Central aprobó unánimemente el informe, así como la intervención hecha en la tribuna del XXII Congreso por la camarada Dolores Ibárruri, en nombre de la delegación española. También fue aprobada una Declaración del Comité Central sobre el XXII Congreso del P.C.U.S.

El Comité Central expresó su satisfacción y sus congratulaciones a la camarada Dolores Ibárruri por el nombramiento de doctor honoris causa de la Universidad de Moscú que le ha sido concedido en el mes de noviembre pasado.

EL COMITE CENTRAL
DEL PARTIDO COMUNISTA
DE ESPAÑA.

Diciembre de 1961.

Soviética, favorecidos y estimulados por el imperialismo, ha habido otros mucho más groseros, que por su mismo carácter abiertamente reaccionario penetraban más difícilmente entre las masas populares.

No podemos negar que en los países del Occidente capitalista toda esa campaña antisoviética, realizada muchas veces bajo un disfraz « revolucionario », « socialista », había llegado a prender en importantes sectores de la clase obrera, incluso en muchas gentes honestas simpatizantes, en general, con las ideas socialistas.

Pues bien, el XXII Congreso del P.C.U.S., en tanto que el reflejo auténtico de la realidad soviética de hoy, *ha venido a dar un golpe decisivo, a enterrar históricamente todos esos ataques y críticas, todas las escuelas supuestamente socialistas que se oponían al marxismo-leninismo.* Es éste un acontecimiento cuya comprensión no es fácil abarcar así, de golpe, cuando apenas se ha disipado el rumor de los debates habidos en esa gran asamblea; un acontecimiento cuyas consecuencias no van a manifestarse en un día, ni en varias semanas, sino a lo largo de un proceso de discusión y de esclarecimiento, de acciones y de luchas.

El XXII Congreso ha demostrado categóricamente que la línea, la orientación del P.C.U.S. a construir el socialismo en un solo país, apoyada internacionalmente por los Partidos Comunistas, era justa, como lo demuestra su triunfo completo, logrado a través de dificultades inmensas y pagado incluso con errores parciales.

El XXII Congreso ha confirmado que el camino de la destrucción del Estado burgués y de la creación de un Estado socialista, que asume la gerencia de todos los bienes de la sociedad — o de los fun-

damentales — en nombre del pueblo, es el único camino hacia el socialismo y el comunismo.

El XXII Congreso ha confirmado también que *la dictadura del proletariado es el paso obligado para realizar el socialismo, para llegar a la extinción del Estado.*

Este gran comicio de los « constructores del comunismo » representa la comprobación, en todos los órdenes, de *la victoria del marxismo-leninismo, como ideología y como política de la Revolución proletaria*, sobre todas las « escuelas » supuestamente « socialistas » que se le oponen : el reformismo socialdemócrata, el anarquismo, y también sobre la degeneración soiduzquierdista del trotskismo, que en su tiempo representó un peligro criminal para la revolución.

De toda esa lucha sale triunfante la ideología marxista-leninista. El XXII Congreso suministra razones fundamentales no para revisar, sino para reafirmar, enriqueciéndola y desarrollándola, la ciencia de la revolución social, elaborada por Marx, Engels y Lenin.

Ya desde el principio de mi informe yo quiero sacar una conclusión que se desprende de todo lo dicho : *Los comunistas tenemos razón. La lucha de los Partidos Comunistas, y en primer lugar del P.C.U.S., ha sido una lucha justa, fecunda, victoriosa, justificada por la historia, y eso en un plazo brevísimo de años.*

Lo decimos sin arrogancia, sin fanfarronería, particularmente de cara a nuestros compañeros socialistas y anarcosindicalistas. Porque esa lucha que hemos librado no era contra ellos, aunque a veces las incidencias de la acción revolucionaria nos hayan llevado a enfrentamientos; era también una *lucha por ellos, en favor suyo* en tanto que trabajadores, en tanto que adversarios de la explotación; una lucha contra el sistema capitalista, contra el imperialismo; una lucha por el verdadero rumbo que la clase obrera, la humanidad laboriosa deben seguir para lograr el acceso a una forma de sociedad superior, donde reine la igualdad y la fraternidad entre los hombres.

Un periódico franquista, especulando con el efecto que la publicación de las arbitrariedades de Stalin puede producir momentáneamente en algunos camaradas, aparenta « apiadarse » de nosotros y escribe hipócritamente :

« ¿ En qué han creído, por qué han luchado, y qué han defendido ? »

¡ Pero no es sobre nosotros, comunistas, sobre quienes se derrumba el mundo; es sobre vosotros, plumíferos franquistas, y sobre vuestros amos !

Precisamente lo que confirma el XXII Congreso es que aquello en que hemos « creído », por lo que hemos « luchado », aquello que hemos « defendido » los comunistas, es decir, el marxismo-leninismo, la revolución soviética y el comunismo, era la verdad, lo que triunfa. *Todo el sentido de nuestra vida y de nuestra lucha resplandece.* Los comunistas tenemos razón. Y el XXII Congreso nos da nuevas fuerzas, nuevas energías, para proseguir nuestro combate, al lado de un número cada vez mayor de compañeros socialistas y anarcosindicalistas; de un número mayor cada vez de trabajadores, de intelectuales, de hombres y mujeres honestos, a quienes lo que está sucediendo en la U.R.S.S. y en el mundo aproxima cada vez más a los comunistas.

La abundancia de bienes, condición del paso al comunismo

En los días memorables del XXII Congreso hemos visto trazar, tramo a tramo, la ruta de la edificación del comunismo. Eso ha sido lo esencial del XXII Congreso, aunque la prensa burguesa haya tratado de enturbiarlo y de confundir. El informe de Jruschov tiene, entre otros, el gran mérito de haber puesto de manifiesto cuán estudiado, cuán elaborado está el programa comunista. No hay en él afirmaciones generales bien-intencionadas; se sustenta sobre una serie de medidas concretas, previstas para cada rama de la producción industrial y agrícola, para el desarrollo de la técnica y el fomento de la ciencia; para la ampliación y el desenvolvimiento de la democracia soviética, para la educación. Y esto en cada República, en cada región

al vasto territorio soviético, en cada empresa, en cada institución. Podría decirse que cada ciudadano soviético tiene ya asignado su sitio, su tarea, en este inmenso plan de conjunto que conduce a la sociedad igualitaria del comunismo.

Se advierte, en la minuciosidad y el detalle con que todo ha sido estudiado, que el programa no es el producto de la elaboración exclusiva de un hombre, o de un colectivo dirigente; ni siquiera del Partido; que en él han participado activamente setenta millones de soviéticos, que lo han examinado en sus aspectos generales y en los aspectos concretos que les concernían más directamente y que han dado su aportación. Con razón se ha dicho que el programa del comunismo es el programa de todo el pueblo soviético.

La elaboración del nuevo « Manifiesto Comunista » — como con razón se le ha llamado — da idea de los nuevos progresos hechos a partir del histórico XX Congreso, antecedente inmediato de cuanto está ocurriendo en la U.R.S.S. Me refiero aquí concretamente a los progresos de la teoría, y a su ligazón con la práctica. El programa, al esclarecer las vías del paso del socialismo al comunismo, representa un nuevo y fundamental enriquecimiento de la teoría marxista-leninista, que ha sido facilitado por la liquidación de las secuelas del culto a la personalidad.

Algunos críticos parecen reprochar a los camaradas del P.C.U.S. cierto retraso en la elaboración teórica, porque faltaba todavía un análisis sucinto y metódico, de carácter histórico, sobre las raíces y las fases de los fenómenos negativos ligados al culto a la personalidad. Sin embargo, ¿ podría concebirse un programa como el que ha sido aprobado por el XXII Congreso si no hubiese habido previamente un análisis justo y profundo de lo esencial de aquellos fenómenos, y una comprensión clara de los medios y formas de corregirlos ? El programa del comunismo es, incuestionablemente, resultado de ese análisis, de las correcciones aportadas; eso no se puede negar.

¿ Qué era más urgente desde el punto de vista teórico : el estudio circunstanciado del pasado, de cada uno de sus episodios, o el trazado del porvenir, una vez establecido un juicio fundamental sobre el pasado ?

Para nosotros no hay duda. El estudio circunstanciado del pasado vendrá después. Ya se prepara una nueva versión de la Historia del P.C.U.S. en varios tomos. Lo más urgente era trazar el porvenir; elaborar los caminos del paso del socialismo al comunismo, tarea, por cierto, ardua y compleja.

Los socialistas utópicos habían hecho, en su tiempo, la descripción de una sociedad igualitaria y fraternal; pero se trataba de una creación artificial, nacida de la imaginación, en la que, si bien había rasgos proféticos geniales, faltaba — y no podía ser de otro modo en esa época — todo fundamento científico.

Marx y Engels, por su parte, previeron las grandes líneas de principio de la fase superior de la revolución, el comunismo; pero no intentaron analizar de qué forma se pasaría de la primera fase a la segunda fase, porque en su época carecían de los elementos imprescindibles para un examen científico de esta cuestión.

En « El Estado y la Revolución », el mismo Lenin escribía : « A través de qué etapas, por medio de qué medidas prácticas llegará la Humanidad a ese elevado objetivo, es cosa que no sabemos ni podemos saber ».

Recordaréis cuánta confusión existía en los planteamientos sobre el paso al comunismo hechos en la época de Stalin. Releyendo ahora, tras conocer el programa, la obra « Los problemas económicos del socialismo », se comprueba que la intervención de Stalin añadió muy poca o ninguna claridad. En su pluma, conceptos como *la circulación de mercancías, las nuevas relaciones de producción, la propiedad de todo el pueblo*, tomaban entonces casi el carácter de fetiches. Concretamente, la crítica de Stalin a Yaroshenko pecaba de demasiado abstracta y no tenía en cuenta el papel de la abundancia de bienes en la fase comunista.

El Comité Central del P.C.U.S., encabezado por el camarada Jruschov, ha clarificado las etapas del tránsito al comunismo, haciendo ver que, en las condiciones de la sociedad socialista, las medidas básicas para el acceso a la fase superior

MUNDO OBRERO

ano : 1962

MINISTERIO
DE CULTURA



MINISTERIO
DE CULTURA



de la revolución son aquellas que mediante una organización más elevada de la planificación, el impetuoso desarrollo de la técnica y la ciencia, y un aumento extraordinario de la productividad asegurarán la abundancia de bienes y permitirán dar « A CADA CUAL SEGUN SUS NECESIDADES ».

En última instancia, en una sociedad socialista, la desaparición de la mercancía depende en gran medida de la abundancia; la solución de ciertos problemas de las relaciones de producción, como por ejemplo el de la propiedad koljosiana, está ligada, con mucho, a la creación de la abundancia. Toda una serie de problemas de la formación moral y espiritual del hombre comunista encontrarán un terreno más fácil para su solución definitiva en la abundancia. En definitiva, la abundancia de bienes en una sociedad socialista, es la base para superar las supervivencias del capitalismo que todavía subsisten en la primera fase de la revolución.

Si se observan las cosas con atención, se verá que el absceso que constituían los métodos del culto a la personalidad y las resistencias conservadoras y dogmáticas del grupo antipartido ha sido reventado en la U.R.S.S., coincidiendo con el momento en que las condiciones para plantearse el paso del socialismo al comunismo habían madurado. Ello no es casual. El equipo encabezado por Stalin no percibía los cambios que exigía esa maduración. Y no los percibía porque vivía alejado de la realidad, distante del pueblo, habiendo hecho del Kremlin una especie de torre de marfil. Este alejamiento de la realidad le conducía a convertir la teoría en una abstracción, a establecer un divorcio entre la teoría y la práctica. Stalin pensaba que el sistema socialista había dado al pueblo más aún de lo que la realidad le había dado, y al mismo tiempo no comprendía que las condiciones iban madurando para profundos cambios en la política económica, para un nuevo desarrollo hacia el comunismo. De ahí se derivaba un conflicto, no ya entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas, como es característico en la sociedad burguesa, pero sí entre la concepción estática, conservadora, sobrepasada, de Stalin y su equipo, alejados de la realidad, y el desarrollo de las fuerzas productivas y de la iniciativa creadora de las masas. Y ese conflicto no podía resolverse más que con cambios profundos en la política y en la dirección del Partido y del país.

Medidas como la de combinar la descentralización de la economía en una serie de aspectos fundamentales, con su dirección planificada, roturar las tierras vírgenes, y corregir los métodos de dirección en la agricultura constituían una necesidad apremiante. Ellas iban a mejorar notablemente la situación del pueblo y a desbrozar el terreno para ir a la edificación del comunismo.

El mérito de Jruschov y del Comité Central no consiste sólo en haber luchado contra las arbitrariedades y las vulneraciones de los principios del Partido — y esto ya sería mucho — sino en haber visto lo nuevo, en haber comprendido la necesidad de profundos cambios en la política del Estado y del Partido, en haberse dado cuenta de que estaban creándose las condiciones para marchar hacia el comunismo. La política defendida por Jruschov debía triunfar porque se apoyaba en las aspiraciones profundas del pueblo, porque era la revolucionaria, la que tenía en cuenta lo nuevo, mientras que la posición stalinista, defendida por Molotov, Malenkov, Kaganovich y otros, representaba, ya en ese momento, lo viejo, lo sobrepasado, lo que estaba fuera de tiempo. Stalin repitió muchas veces que *lo nuevo vence a lo viejo*; pero en la práctica, llegado a un cierto punto, ignoró esa ley de la dialéctica. Ahí reside un aspecto del divorcio entre la teoría y la práctica, característico del último período de la dirección de Stalin. Jruschov demostró ser un marxista-leninista más cabal, más avisado que Stalin y el grupo antipartido.

En los últimos años, la prensa burguesa ha hecho mucho ruido en torno a la personalidad del camarada Jruschov. En ciertos casos esa prensa le ha presentado simplistamente como un adversario de los métodos de Stalin, como un « liberal ». Los elementos dogmáticos y rutinarios han partido de esta parcial deformación de la verdadera personalidad de Jruschov para acusarle de « revisionismo ». En realidad, Jruschov no sólo no tiene nada de común con esa caricaturización que intentan hacer de él, sino que lo que justamente ha demostrado en esta lucha es tener un conocimiento más vivo y profundo del

marxismo revolucionario; un dominio real de la dialéctica; una actitud verdaderamente leninista. Tanto él como sus camaradas del Comité Central han probado que tenían mucha más confianza en el régimen soviético, en el socialismo y en la ideología revolucionaria del marxismo-leninismo, que el equipo de Stalin. Este declaraba que el socialismo había sido construido, lo cual era cierto; pero con su desconfianza enfermiza, con sus sospechas hacia todo y hacia todos, con su manía de ver enemigos por todas partes — elevada a la categoría de teoría en su tesis sobre la agudización de la resistencia del enemigo a medida que se fortalece el sistema socialista — mostraba en el fondo su falta de confianza en el régimen soviético, en el socialismo. Jruschov, en cambio, ha abierto el recinto del Kremlin al pueblo; ha paseado el socialismo por el mundo capitalista; no ha tenido miedo a confrontar sus realizaciones con las de los países capitalistas más desarrollados ni en presentar batalla al adversario en su propio terreno.

Así, la política y la actividad del Comité Central del P.C.U.S., encabezado por Jruschov, han elevado extraordinariamente en poco tiempo la confianza de los comunistas y de millones de seres en toda la tierra, en la justeza de nuestra causa y en la inevitabilidad de su victoria. Ello se ha traducido en un considerable reforzamiento del movimiento comunista y del movimiento antiimperialista de liberación. ¿Quién podría negar esta realidad? ¿Y quién podría negar, en contraste, que la desconfianza y la sospecha propias del período de Stalin eran una causa de inquietud, de duda, y a veces hasta de desmoralización?

Es indudable que la rapidez del progreso técnico y científico en la U.R.S.S. está ligada al carácter socialista de su régimen; ello ha sido reconocido con ocasión de los sputniks y de las proezas de Gagarin y Titov por numerosos publicistas burgueses. Bajo el socialismo, el progreso técnico y científico se realiza a un ritmo más acelerado que en el capitalismo, ya que no encuentra el obstáculo que representan las relaciones capitalistas de producción. De esta realidad, de su conocimiento, ha extraído el P.C.U.S. la seguridad de alcanzar y sobrepasar a los EE.UU. en un plazo limitado de tiempo, como fueron alcanzados y sobrepasados ya el resto de los países capitalistas.

He ahí como Jruschov, sin haber pretendido jamás al título de « pontífice » del marxismo, sin haberse recluso nunca a teorizar alejándose de la práctica, ha demostrado ser un eminente marxista y un gran político revolucionario. La labor personal de Jruschov y de sus compañeros, firmemente ligados al Partido y al pueblo, ha conducido a un enriquecimiento y un desarrollo considerables del marxismo-leninismo.

Cómo se pasará a la distribución según el principio de « a cada cual según sus necesidades »

Uno de los problemas teóricos y prácticos más complejos, el de la superación del principio vigente en el socialismo de « A CADA UNO SEGUN SU TRABAJO » y el paso al principio comunista de « A CADA UNO SEGUN SUS NECESIDADES », aparece resuelto de una manera clara, sobre la base de la abundancia, en el programa del P.C.U.S.

En los próximos veinte años el salario seguirá ajustándose al principio de « A CADA CUAL SEGUN SU TRABAJO ». Mas por otro lado, comenzará a aplicarse el principio de « A CADA CUAL SEGUN SUS NECESIDADES » a través de los fondos sociales de consumo distribuidos sin tener en cuenta la calidad ni la cantidad del trabajo, según las necesidades de cada cual.

El aumento del fondo social de consumo será mucho más rápido que el del fondo de salarios. Dentro de veinte años, el fondo social de consumo representará aproximadamente la mitad de los ingresos reales de la población.

Con dicho fondo de consumo se alimentará y vestirá a los escolares, y se asegurará su sostenimiento en los internados a los que lo deseen, así como todos los gastos de su educación; se mantendrá a las personas inaptas para el trabajo o retiradas con pensiones elevadas, que todos disfrutarán en igual cuantía. Se asegurará la asistencia médica, incluyendo estancias en casas de reposo, sanatorios, etc.; se pagará la vivienda, el

gas, la electricidad, la calefacción, el transporte en común y otros servicios municipales; con ellos se asegurarán también la alimentación gratuita en empresas y lugares de trabajo. En el disfrute de estas ventajas no habrá diferencia ninguna dimañada del trabajo de cada cual.

De este modo, muchas de las más vitales necesidades del hombre y de la familia, que hoy se llevan una parte considerable del salario, estarán cubiertas sin tocar a éste. El salario irá perdiendo así su significación, y la distribución de bienes se hará de manera cada vez más igualitaria. Este será también un paso decisivo hacia la desaparición de la mercancía. Por este camino se marchará hacia la extinción de lo que Marx llamaba « la vigencia de los principios del derecho burgués en la primera fase de la revolución ».

En los próximos diez años se doblarán los ingresos reales de los trabajadores; desaparecerán los bajos salarios; se resolverá en lo esencial el problema de la vivienda; el bienestar de la población se elevará considerablemente. La jornada de trabajo será de 35 horas semanales.

En el segundo decenio del plan, los ingresos de los trabajadores aumentarán en tres veces y media, y la jornada de trabajo será todavía más corta. Al mismo tiempo, como consecuencia de la automatización y de la mecanización, el carácter del trabajo cambiará; lo característico ya no será el esfuerzo físico, sino el esfuerzo intelectual. Desaparecerán las diferencias entre el trabajo manual e intelectual. De este modo el trabajo dejará de ser una carga, una maldición bíblica, para convertirse en una necesidad vital para el hombre. Este dispondrá de tiempo abundante para descansar, para ocuparse de la familia, para desarrollar sus capacidades culturales y artísticas, para ampliar su horizonte intelectual y moral.

Se borrarán las diferencias esenciales entre la ciudad y el campo; el trabajo en el campo se asemejará cada vez más, por su mecanización y automatización, al trabajo en las fábricas más modernas; las posibilidades de una vida culta y confortable en el campo serán semejantes a las de la ciudad.

Esa es la sociedad que, partiendo del sistema socialista, empieza a construirse en la U.R.S.S. a raíz del XXII Congreso, y que en lo esencial quedará culminada en veinte años.

Y quienes hemos presenciado las deliberaciones del XXII Congreso, de una manera unánime traemos el convencimiento de que ese plan será realizado en todos sus aspectos, incluso en un plazo menor del previsto.

A este respecto es muy ilustrativo, en el informe del camarada Jruschov, el balance de los tres primeros años del actual plan septenal, integrado ya en el programa de la construcción del comunismo.

Ironizando a costa de quienes dicen que los planes soviéticos « no se cumplen » — pese a que toda la experiencia demuestra lo contrario — Jruschov ha declarado que, en efecto, ha sido necesario « revisar » el actual plan septenal y ello porque en los primeros tres años se han producido, *en más de los aumentos previstos*, 2 millones de toneladas de hierro, 8 millones de toneladas de laminados, 9 millones de toneladas de acero, 10 millones de toneladas de petróleo, y otros muchos productos.

Es decir : sólo lo que se ha producido en tres años por encima de los aumentos previstos resolvería problemas fundamentales de cualquier país, y desde luego, del nuestro.

Por lo que se refiere al cereal, el Estado ha almacenado en 1961, 72 millones de quintales más que el año pasado, como consecuencia del aumento del rendimiento y de la superficie cultivada, y a pesar de que las condiciones climatológicas no han sido muy favorables. Esa cifra es casi el doble de la producción anual española, lo que da idea de la importancia de los progresos que se hacen en la agricultura.

Ciertamente, en la Unión Soviética no todas las empresas, ni todos los koljoses y sovjoses trabajan a la perfección; no todos sacan aún el mejor partido de las posibilidades que tienen. Hay empresas y explotaciones agrícolas que van con retraso relativamente al conjunto de la economía; hay ramas de la producción en que los progresos no son tan rápidos y los congresistas han criticado y autocriticado severamente las deficiencias, señalando su origen y el modo de corregirlas. Resulta grotesco y risible el intento de la prensa franquista de

utilizar precisamente estos mismos defectos que los soviéticos plantean abiertamente, sin ningún complejo, para pretender negar los gigantescos progresos del sistema socialista y su superioridad sobre el capitalista.

Es decir : la garantía de que el Programa del Comunismo se realizará la constituyen los éxitos actuales. Contra lo que trata de dar a entender la prensa franquista, al presentar el Programa, el Partido y el Gobierno soviéticos no dicen a su pueblo : « Esperad veinte años, y entonces cosecharéis el fruto de vuestro trabajo ». No; se señalan año por año los progresos que tendrán lugar. Las conquistas alcanzadas ya por el pueblo soviético son para éste la mejor garantía, puesto que *la U.R.S.S. es hoy el país de jornada de trabajo más corta en el mundo* — 7 horas diarias, y 6 en los trabajos insalubres —; puesto que ya hoy la enseñanza es gratuita y los estudiantes disfrutan de becas que les permiten no ser una carga para sus familias; que la asistencia médica es gratuita, y las medicinas tienen un precio más bien simbólico; que se ha elevado, y se eleva día por día, el bienestar del pueblo, como reconocen incluso muchos periodistas burgueses que visitan la U.R.S.S.; que se han dado grandes pasos hacia la solución del problema de la vivienda, aunque éste siga siendo muy serio; que se ha sobrepasado al mundo capitalista en el terreno de la educación, y en el de la técnica y la ciencia más modernas. Se comprende que el pueblo soviético haya puesto manos a la obra para realizar el programa del comunismo con un entusiasmo redoblado, con una confianza completa en que cada día de esfuerzo y de trabajo aportará nuevas mejoras, más bienestar, una felicidad mayor.

La prensa burguesa más seria — entre la que no es posible incluir, naturalmente, a los periódicos franquistas — reconoce que el programa se convertirá en realidad. El *New York Times*, americano, escribe :

« El programa presentado es atrayente. Subyuga la cuestión de la creación del hombre nuevo. Es un ideal al que han aspirado las sociedades más humanas... Pero lo del plan de expansión industrial bien especificado *no cabe duda que merece tomarse en serio. El programa va a representar progresos considerables. Una serie de proyectos van a ser objeto de atención en el extranjero. En suma, el pueblo estará materialmente mucho mejor asegurado...* »

Y el día en que todos los que trabajan vean y palpen la realidad del comunismo en la Unión Soviética, ¿sobre quién va a apoyarse el sistema capitalista allá donde todavía no haya sido liquidado? ¿Quién va a defenderlo, fuera de las decenas, o los centenares, de familias que en cada país son sus principales beneficiarios?

Por eso, *porque el programa del comunismo anuncia la derrota y la desaparición de la sociedad capitalista, es por lo que en torno al XXII Congreso se ha desencadenado esa tempestad de calumnias y falsificaciones. El capitalismo, como el calamar, se defiende con una cortina de negra tinta.*

Los cambios en la superestructura de la sociedad soviética

El XXII Congreso no sólo ha estudiado los problemas ligados a la base económica, sino los de la superestructura y de manera muy amplia y precisa cuantos conciernen a la organización política de la sociedad que marcha hacia el comunismo. En este cuadro se integran naturalmente los planteamientos ligados con el culto a la personalidad y con las actividades del grupo antipartido e incluso las modificaciones introducidas en los Estatutos del Partido.

En la Unión Soviética tiene lugar un formidable desarrollo de las fuerzas productivas; mas ese desarrollo va unido a considerables avances políticos que son, en gran medida, la consecuencia. La dictadura del proletariado — o democracia proletaria — es ya una etapa superada. En su lugar surge a través de un proceso natural el Estado de todo el pueblo, la democracia socialista de todo el pueblo. Han desaparecido por completo las clases explotadoras. Las clases que componen la sociedad soviética : los obreros y los campesinos koljosianos, así como la capa de intelectuales, son clases trabajadoras amigas, fraternalmente unidas en la marcha hacia el comunismo. Ha dejado de existir la necesidad objetiva de una clase dominante.

principio marxista-leninista de que la dictadura del proletariado es una etapa transitoria; la confirmación de que el proletariado es la única clase que no aspira a eternizar su Poder, y que no puede eternizarlo porque, al emanciparse, emancipa a toda la sociedad del yugo de clases y crea una situación histórica radicalmente nueva.

Se ensancha y desarrolla el papel gobernante de los Soviets, en los cuales, como diputados, participan más de dos millones de ciudadanos elegidos por todo el pueblo sin excepción. Al mismo tiempo desempeñan un papel cada vez más grande en la administración del país los Sindicatos — que agrupan a más de sesenta millones de soviéticos, afiliados voluntariamente —, las cooperativas, la organización de la juventud y otras organizaciones sociales.

Un aspecto muy importante de la ampliación y el desarrollo de la democracia soviética es la decisión — que pronto quedará establecida en la nueva Constitución — de la renovación obligatoria de un tercio, por lo menos, de los componentes de los Soviets, en cada elección, y la imposibilidad de elegir a una misma persona tres veces, salvo en casos excepcionales, a condición de que se pronuncien por ella los dos tercios de los electores. Una regla semejante ha sido adoptada en el funcionamiento interior del Partido con la aprobación de los nuevos Estatutos. La aplicación de esa regla asegurará el paso por los órganos de dirección del Estado y del Partido de un número cada vez mayor de ciudadanos y de miembros; se asegurará también la renovación del personal dirigente, garantía contra la rutina y el estancamiento.

El Estado pierde su carácter coactivo, de órgano utilizado por unas clases contra otras. Su papel principal, junto con la organización de la defensa nacional, es ya la administración del país. En rigor, ello significa ya un paso hacia la extinción del Estado mismo, aunque la culminación de este proceso requerirá aún un largo período. El método de la persuasión y de la educación se convierte progresivamente en el método fundamental para reglamentar la vida en la sociedad soviética. Ya

bases de la moral socialista y de la comprensión humana ciertas infracciones; existen los grupos de voluntarios que sin intervención de la milicia resuelven, por la persuasión, ciertos casos de infracción a las reglas de la convivencia y de la cultura sociales, en barriadas y empresas.

La marcha hacia el comunismo representa una ampliación cada vez mayor de la democracia; la desaparición progresiva de todo método de coerción, la elevación a un nivel muy alto de la conciencia ciudadana. Se trata de todo un proceso en el que intervienen el desarrollo de las fuerzas productivas, la educación y la cultura, la influencia de la vida social, etc.

Crece el tipo del nuevo hombre, del hombre comunista, que pone por encima de todo los nobles sentimientos del colectivismo, la camaradería, la fraternidad, la conciencia del deber social, el criterio de que el hombre es hermano del hombre. Centenares de miles de estos hombres componen las brigadas comunistas de trabajo; marchan a cultivar las tierras vírgenes; se entregan a la investigación científica; gobiernan el país. Actualmente, en muchas empresas no hay cajero que entregue la paga: los obreros y técnicos la retiran ellos mismos sin otro control que el de su propia conciencia. En diversos servicios públicos — metro, autobuses, etc. — no hay empleados que controlen si los pasajeros pagan: el único control es el civismo de los hombres soviéticos.

Todos los nuevos aspectos de la superestructura de la sociedad soviética han aparecido de manera viva en las deliberaciones del XXII Congreso. No es extraño que el programa del Partido Comunista de la Unión Soviética encuentre en el corazón de millones de trabajadores, intelectuales, hombres de ciencia, una resonancia particular. El sabio americano, premio Nobel, Linus Pauling, ha expresado estos sentimientos recientemente:

« He leído ese documento — ha dicho refiriéndose al programa — y he encontrado en él pensamientos que me son muy próximos y comprensibles, muy próximos y comprensibles para todos los pueblos de la Tierra ».

II. - LA DICTADURA DEL PROLETARIADO, EL PARTIDO MARXISTA LENINISTA Y LAS CAUSAS DEL CULTO A LA PERSONALIDAD

Por qué era necesario denunciar las arbitrariedades de Stalin

El nuevo rumbo de la sociedad soviética exigía inevitablemente la liquidación de todas las deformaciones, de todo vestigio de las arbitrariedades e ilegalidades del último período de Stalin; el nuevo rumbo reclamaba la extirpación de todas las rigideces dogmáticas, obstáculo al ensanchamiento de la democracia, a la marcha hacia el comunismo.

De ahí que en el XXII Congreso haya ocupado un lugar tan importante la cuestión del culto a la personalidad de Stalin y la crítica del grupo antipartido.

La propaganda imperialista reaccionaria y todos los adversarios del comunismo se han lanzado sobre ambas cuestiones y sobre la denuncia de la situación en Albania y las han presentado como si hubieran sido el tema esencial, dominante, en el XXII Congreso. Con ello han querido ocultar, dejar en segundo término, el programa de la edificación del comunismo; propalar la falsedad de que en el XXII Congreso, y anteriormente en el XX, se libraba una « lucha de influencia por el Poder » entre « dos grupos rivales ». Han pretendido utilizar las faltas, e incluso crímenes de Stalin, para denigrar la causa de la revolución y del socialismo, para desacreditar el marxismo-leninismo, para desmoralizar al movimiento comunista.

Es significativo la dedicación intensa de la prensa franquista a esta inmundicia en un país en el que, según ellos, « el comunismo ha sido vencido ». ¿ Por qué tantas páginas, por qué tantos periódicos casi íntegros dedicados a esta labor de denigración y calumnia contra un enemigo que está « vencido » ?

Sin duda, porque « ese enemigo vencido » goza de buena salud, a pesar de la represión y de las persecuciones, a pesar de más de veinte años de dictadura fascista.

Ciertamente, quienes quieran hacerse un juicio de lo que ha sido el XXII Congreso no pueden hacer caso ninguno de lo dicho por la prensa franquista. ¿ Cómo extrañarse de que mientan y calumnien sobre la U.R.S.S. periódicos para quienes el príncipe Caracciolo es un « comunista » y el presidente Kennedy poco menos que un « capitulador » ?

Sin embargo, echando a mala parte la desinformación franquista, es un hecho que el planteamiento de aquellos problemas en el XXII Congreso ha desconcertado a no pocos amigos de los comunistas, e incluso a algunos camaradas.

Estos se plantean una serie de dudas:

¿ Era necesaria esa « sombra » sobre el fondo hermoso del Congreso que ha decidido pasar a la edificación del comunismo ? ¿ Por qué razones se han planteado estos problemas ?

¿ Cómo han podido producirse los fenómenos negativos del culto a la personalidad, incluidos crímenes, en el marco de un Estado socialista ?

¿ Cómo es posible que comunistas como Stalin hayan podido hacerse responsables de crímenes ?

¿ Y por qué éstos no han sido denunciados en el momento de cometerse, en vida de Stalin ?

¿ Cómo se explica el que los dirigentes de otros Partidos Comunistas no hayan visto antes esas lacras y no hayan luchado contra ellas ?

Todas estas cuestiones que algunos amigos y camaradas se plantean, el enemigo trata de utilizarlas para minar la con-

fianza de las masas en la Unión Soviética y en el comunismo; en el Partido y en sus dirigentes. Y el imperialismo hace esto en un momento crítico para él, cuando ha dejado de ser la fuerza dominante en la escena mundial, cuando sus posiciones se reducen y se esfuerza por defenderse como gato panza arriba frente a los avances del socialismo y del movimiento de liberación de los pueblos. El imperialismo actúa a la desesperada.

¿Qué hacer frente a sus ataques? ¿Eludir el fondo de los problemas, no responder, dejando principalmente al tiempo y a la experiencia el cuidado de demostrar que el esclarecimiento de las consecuencias del culto a la personalidad ha sido justo y que en esencia sólo perjudicará al imperialismo mismo?

¿Responder entregándose a una búsqueda histórica de las causas y motivos, suspendiendo o atenuando la lucha contra el enemigo y convirtiendo esa búsqueda en una lucha interna, no ya de opiniones sino de grupos, en una especie de cruzada revisionista?

¡Ni lo uno ni lo otro!

Evidentemente, el tiempo y la experiencia aclararán a las masas y a nuestros propios camaradas muchos problemas más o menos confusos. Pero eso no es motivo para que no profundicemos y para que no hagamos todos los esfuerzos necesarios para aclarar, desde ahora, esas cuestiones.

Mas entendámonos: se trata de dar una respuesta marxista. Es decir: una respuesta que parta del principio de que estamos empeñados en una lucha de clases agudísima, que no examinamos un problema académico, una cuestión de la historia antigua en la que las diversas partes pueden actuar más o menos desapasionada y objetivamente tratando de situar la verdad histórica.

Yo quiero referirme incidentalmente a una cuestión de método. Algunas voces ultracríticas, ante los errores y arbitrariedades de Stalin y, por extensión, ante los problemas teóricos y políticos que aquéllos pueden suscitar y los que plantean los nuevos fenómenos que surgen en el desarrollo social, hablan de hacer una labor de *búsqueda*, de *investigación* teórica, contraponiendo, de hecho, esta necesidad a las perentorias de la lucha y de la acción cotidianas.

El error mayor, el más antimarxista, sería la parálisis, la pasividad, mientras se establece con toda nitidez y en todos sus detalles la verdad histórica. La práctica precede a la teoría y cualquier teoría se confirma o se desmiente en la práctica. Ello significa que el examen de los fenómenos negativos del pasado, como el análisis de los nuevos fenómenos, hay que hacerlo sobre la marcha, en pleno combate, en un vivo contraste entre la teoría y la práctica. Ello explica, también, que en ciertos períodos de grandes cambios, de desarrollo acelerado — y el actual es uno de ellos — en algunos aspectos y momentáneamente, la generalización teórica siga con un cierto retraso a la práctica.

En relación con el método, así como lo propio del dogmatismo es proceder como si la teoría hubiese quedado definida de una vez para siempre y pensar que no hay nada que enriquecer o que desarrollar en ella, lo propio del revisionismo es el *frenesí* de la búsqueda y de la investigación, y la *subestimación* de los reales hallazgos teóricos logrados ya.

Algo de esto último sucede en relación con el examen de los fenómenos ligados al culto a la personalidad. Desde el punto de vista histórico quedan aún no pocos aspectos que analizar, que aclarar. Mas desde el punto de vista político y teórico puede decirse que, en lo esencial, los elementos de esta cuestión están ya abordados. Y lo han sido — no podía suceder de otro modo — por el Partido Comunista de la Unión Soviética, aunque otros Partidos hayan contribuido también con su aportación al esclarecimiento.

Conviene, pues, apoyarse en esos elementos que ya tenemos, examinarlos, profundizarlos.

Los camaradas soviéticos, en diferentes documentos, han planteado los dos factores fundamentales, subjetivo y objetivo, que explican cómo han podido producirse las faltas y los crímenes de Stalin y el culto a su personalidad.

Uno son las características personales de Stalin, denunciadas por Lenin al XIII Congreso del P.C.U.S. El otro, las condiciones particulares en que triunfó la Revolución de Octu-

bre, la primera revolución socialista en el mundo, en un país enorme, económicamente atrasado, arruinado por la guerra, en lucha contra las clases explotadoras internas y, sobre todo, contra un cerco capitalista implacable que provocó múltiples complotos y agresiones y dos guerras terribles. Unas condiciones que exigieron una tensión tremenda de las fuerzas revolucionarias, una gran concentración de poderes y las consiguientes restricciones de la democracia, y métodos de gran violencia para vencer la resistencia de la burguesía y el imperialismo.

Lenin, en su carta a los delegados al XIII Congreso, había caracterizado a Stalin como « demasiado brutal », y propuesto reemplazarle como secretario general por otra persona « más tolerante, más leal, más correcta y más atenta hacia los camaradas, de humor menos caprichoso ». « Esos rasgos — añadía Lenin — pueden no parecer más que un ínfimo detalle. Pero a mi juicio, para preservarnos de la escisión... no es un detalle, o si lo es *puede tomar una importancia decisiva* ». « El camarada Stalin, siendo secretario general ha concentrado entre sus manos un poder ilimitado, y yo no estoy seguro de que vaya a servirse siempre de ese poder con bastante cordura ».

Lenin se refería, pues, a la *importancia decisiva* que podía tener el carácter de Stalin, preveía que podía hacer un uso arbitrario del *poder ilimitado* que acumulaba en sus manos.

¿Acaso exageraba Lenin el papel negativo que podían desempeñar las características personales de Stalin? ¿Acaso desorbitaba Lenin el papel de la personalidad? Eso es lo que podría deducirse de ciertas opiniones que minimizan la influencia de los rasgos personales de Stalin en las deformaciones y los vicios denunciados por los camaradas soviéticos.

Sin embargo, maestro del marxismo cuyo nombre la Historia ha unido justamente a los de Marx y Engels, Lenin sabía muy bien lo que decía; conocía muy bien el papel de las personalidades en la Historia.

Negar el papel que los hombres, los dirigentes, pueden desempeñar, sobre todo en momentos cruciales, sería un absurdo. Toda la experiencia histórica muestra que el papel del dirigente en las revoluciones y en las guerras es muy grande. Particularmente *el dirigente que conduce su ejército a la victoria se rodea de una autoridad y de un prestigio enormes. Y el pueblo y el Partido soviéticos han sido durante muchos años — y no sólo en sentido figurado — como un enorme ejército en guerra, del cual, durante un largo período, Stalin fue el jefe.*

No puede compararse la autoridad del dirigente que cumple su papel en la oposición, en una situación más o menos pacífica, en un período parlamentario de reformas políticas y económicas, con la del dirigente que se halla a la cabeza de su partido y de su pueblo en una revolución, en una guerra victoriosa.

Precisamente porque conocía sus características brutales y su inclinación a abusar del poder, y el peligro que esto representaba en tales circunstancias, propuso Lenin reemplazar a Stalin en el puesto de secretario general del Partido.

Sin embargo, el consejo de Lenin no fue seguido por los delegados al XIII Congreso. Cabe preguntarse: ¿Por qué se mantuvo a Stalin como secretario general a pesar de la propuesta de Lenin, en un período en el que no existía el culto a la personalidad, en el que en el seno del Partido había muchas personalidades vigorosas, con autoridad y prestigio, algunas tan populares o más que Stalin?

Sin duda porque Stalin era reconocido por la mayoría del Partido como el dirigente más capaz en ese momento para encabezar la ardua tarea de la edificación socialista. Sus características negativas, denunciadas por Lenin, debían de pesar menos que las positivas a los ojos de los delegados.

Ello revela el doble aspecto de la personalidad de Stalin, y explica el doble carácter de su obra al frente del Partido y del Estado soviéticos.

Durante largos años Stalin aplicó en lo esencial una línea justa, la línea leninista. La lucha de Stalin contra los trotskistas, en favor de la edificación del socialismo en un solo país, por la realización de los planes quinquenales, la industrialización del país y la colectivización, fue en lo esencial la firme aplicación de la orientación trazada por Lenin.

Está fuera de duda que en esos años el Partido Comunista y el pueblo soviético transformaron la U.R.S.S. en una gran potencia industrial socialista, liquidando los restos de las estructuras capitalistas. En esta obra, Stalin desempeñó un papel personal cuya importancia nadie niega. Ello explica el prestigio y la autoridad inmensos alcanzados por Stalin.

Y por cuanto se conoce, cabe pensar que hasta 1934 esa labor fue llevada con métodos leninistas, de discusión política, de polémica ideológica, y no con medidas administrativas. Frente a la oposición trotskista y a la oposición de derecha, Stalin defendió la democracia interna del Partido, la autoridad del Comité Central, el principio de la dirección colectiva y de la sumisión de los jefes al colectivo. Stalin se opuso a las medidas administrativas que trataban de poner fin a las divergencias mediante expulsiones o, como él decía, « amputaciones ». Stalin se opuso a las desviaciones trotskistas que pretendían militarizar los sindicatos. Stalin defendió enérgicamente los principios leninistas.

A partir de 1934, en la actuación de Stalin comienzan a prevalecer sus rasgos negativos : se endiosa, se aísla de las masas, se aleja de la realidad, olvida los consejos de Lenin. La democracia en el Partido se restringe. La amenaza hitleriana, que es un hecho objetivo real, y que viene a crear nuevas razones de tensión para la clase obrera y el pueblo soviético, en un momento en que interiormente los éxitos logrados permiten prever un cierto relajamiento de esa tensión, es utilizada por Stalin para luchar contra la oposición con métodos represivos y, lo que es más grave, para asimilar cualquier actitud crítica a un delito de conspiración contra el Estado. En esas condiciones se agudizan los rasgos de brutalidad de Stalin que Lenin había señalado al XIII Congreso. Esos rasgos de brutalidad, esa tendencia a abusar del Poder, van a originar una serie de arbitrariedades y de actos reprobables contra miembros del Partido y contra revolucionarios honestos que, como el XX y el XXII Congresos han revelado, no tenían ninguna justificación y toman el carácter de verdaderos crímenes.

El papel de las personalidades

¿Cómo explicarse que el Partido, después de 1934, tolerase esos métodos? Al lado de la enorme autoridad alcanzada por Stalin intervinieron factores objetivos que vinieron a facilitar las aberraciones por él cometidas. La nueva tensión creada por el triunfo del hitlerismo, que desde el primer momento preparó la guerra contra la Unión Soviética, fomentando el espionaje y el sabotaje, suministró la base para un desarrollo y una actividad más amplios de los servicios de seguridad y contraespionaje. El control de éstos se concentró, de hecho, en las manos de Stalin. El carácter secreto de las actividades de dichos servicios justificaba aparentemente esa concentración y la ausencia de un control colectivo del Partido sobre ellos.

Así llegó un momento en que los órganos de seguridad y contraespionaje se colocaron por encima del Partido mismo y de sus órganos dirigentes. Ello no significa que esos órganos dictasen la política general del Partido, sino que Stalin podía utilizarlos para destruir a cualquiera, no importa cual fuese su posición dentro del Partido, y sin que éste tuviese la posibilidad de verificar la motivación o inmotivación de las medidas tomadas.

Cabe suponer que sin la tensión creada por el triunfo hitleriano, sin la amenaza de la guerra, en las nuevas condiciones creadas por el éxito de los planes quinquenales y la colectivización, Stalin no hubiera podido acudir a tales métodos, y caso de hacerlo, el Partido hubiera reaccionado en contra y los hubiera extirpado mucho antes.

El endiosamiento de Stalin, el culto a su personalidad, coincide, por un lado, con los éxitos del socialismo en los que él desempeña un papel importante, y por otro, con el hecho de que los ataques a la revolución, los ataques al socialismo de parte de los residuos del capitalismo en el interior, de los imperialistas y de todos los adversarios del comunismo en el exterior se concentran sobre Stalin, el hombre que aparece a la cabeza del pueblo y del Partido que han osado echar por tierra al capitalismo.

Agü conviene decir que lo malo, lo negativo, no es que

enorme autoridad y popularidad, ni que las amplias masas que se guiaban por su instinto, por su sentido de clase — y en las condiciones del capitalismo no puede ser de otro modo, ya que no se puede pedir a cada obrero y a cada campesino trabajador que sea un marxista educado, un científico — vieran en él la personificación de la revolución. La autoridad de los dirigentes, la confianza y hasta la fe de las masas en ellos, es una fuerza positiva para el Partido y la revolución. En una sociedad de clases, en la que el pueblo ha sido acostumbrado durante siglos a ignorar su fuerza y su propio papel, a creer que las personalidades lo deciden todo, la autoridad personal de los dirigentes resulta a veces una palanca decisiva para unir y movilizar a las masas, para conseguir que éstas pongan en tensión sus fuerzas y desempeñen su papel histórico, aun cuando una parte de ellas no tenga plena conciencia de él.

Lo malo, lo negativo, viene cuando esa confianza y esa fe ingenuas, pero positivas, de las masas se convierte en un criterio de partido; cuando el Partido se pone a contemplar al dirigente como una especie de semidiós y renuncia a la actitud crítica y al control que el Partido debe ejercer sobre sus hombres.

Lo malo viene cuando se salta de la defensa y el juicio crítico positivo sobre la labor de los dirigentes a considerarlos como hombres míticos, invulnerables al error, exentos de todo defecto.

Esos fenómenos son sin duda pasajeros; no pueden perdurar en un partido proletario, y eso es lo que ha sucedido en definitiva con el culto a Stalin.

Pero, ¿acaso se trata de un fenómeno acaecido exclusivamente en la Unión Soviética? ¿Qué ha pasado en Yugoslavia? ¿Es que no existe el culto a Tito, y es que ese culto que en la U.R.S.S., dadas las características personales de Stalin, condujo al dogmatismo, no ha llevado en Yugoslavia, al revisionismo, a causa también de las características de Tito y de otros factores que no son del caso?

¿Es que fenómenos semejantes no se dan en otros sitios, por ejemplo en Albania, con las consecuencias conocidas?

El prestigio y la autoridad de los jefes, siendo en general un factor positivo, puede influir negativamente — es un hecho comprobado — en unos y otros partidos durante un cierto período, si entre las características personales de esos dirigentes se acusan rasgos negativos.

Y el papel que desempeñan las características personales de los dirigentes se comprueba, a la inversa, en el caso de Lenin. Lenin tenía una autoridad inmensa, como no ha tenido y no tendrá probablemente ningún otro dirigente. Sin embargo, a pesar de las enormes dificultades de la situación en que dirigió, Lenin combatió siempre los métodos administrativos, burocráticos y de represión para resolver los problemas en el Partido y en el movimiento revolucionario; Lenin defendió siempre el máximo de democracia posible dentro del Partido, y dio el ejemplo de respeto a la autoridad de los órganos dirigentes, el Congreso y el Comité Central. Lenin no aplastó la crítica, sino que la estimuló. La superioridad de Lenin consistía en que, junto a su genio, poseía las cualidades políticas y humanas que deben adornar al dirigente, respetaba al Partido y a sus miembros, respetaba a la clase obrera; tenía un espíritu abierto a la crítica, a la iniciativa de los demás; poseía un alto concepto del papel del Partido y de las masas.

Necesidad histórica de la dictadura del proletariado y del Partido marxista-leninista

Los adversarios del comunismo, y entre ellos los elementos socialdemócratas y revisionistas, realizan por todos los medios a su alcance una gran presión ideológica y política, pretendiendo que el origen de las arbitrariedades de Stalin, del culto a la personalidad, de los fenómenos de burocratismo, tienen su raíz en la esencia misma del sistema soviético y no guardan relación con las características personales de Stalin ni con determinadas particularidades dadas en un momento de la historia.

¿Qué buscan con esto? Buscan evidentemente desacreditar la democracia soviética, oponiéndole la democracia burguesa

el socialismo; empujar a la clase obrera a renunciar a la victoria del socialismo, a la dictadura del proletariado.

Los elementos revisionistas pretenden que todos los males están en el sistema de la dictadura del proletariado. Sin embargo, la realidad les desmiente.

Los crímenes y arbitrariedades de Stalin son ajenos al sistema soviético, al carácter y contenido de la dictadura del proletariado. Y el ejemplo de la Unión Soviética demuestra precisamente que la dictadura del proletariado es una forma de Estado imprescindible en la etapa transitoria del paso del capitalismo al socialismo.

La esencia de la dictadura del proletariado en la U.R.S.S. no son esas deformaciones; lo fundamental es que gracias a la dictadura del proletariado, a las energías populares inmensas que ésta ha liberado, un país atrasado se ha convertido en la gran potencia mundial que hoy es la U.R.S.S.; que un país capitalista y semifeudal ha pasado a ser un Estado socialista sin explotados ni explotadores.

La esencia democrática de la dictadura del proletariado se pone de manifiesto en que, gracias a esa formidable potencia socialista, la Humanidad ha sido liberada de la plaga del hitle-rismo y el fascismo que amenazaban retrotraerla a los tiempos más negros del medioevo.

Lo característico de la dictadura del proletariado en la U.R.S.S. es que ha iniciado el triunfo de la revolución socialista mundial y ha abierto el camino y proporcionado la base más sólida al sistema socialista mundial; que ha creado las condiciones para el triunfo de numerosas revoluciones de liberación nacional; que ha conducido al sistema imperialista de explotación social y nacional al borde del abismo en que se hundirá definitivamente.

La obra histórica de la dictadura del proletariado, que continúa ahora el Estado de todo el pueblo en la U.R.S.S., ha tenido consecuencias extraordinarias, formidables, para toda la Humanidad.

El sistema soviético ha hecho sus pruebas, y las ha hecho con honor. Las deformaciones de los últimos años de la vida de Stalin no han anulado las características esenciales del sistema, ni tampoco han paralizado la actividad revolucionaria del Partido. El sistema soviético y el Partido tenían tal vitalidad que en lo esencial han seguido desempeñando su papel a todo lo ancho de la sociedad soviética. La prueba de ello ha sido suministrada en el curso de la guerra antihitleriana; cualquier forma de Estado capitalista hubiera sido incapaz de resistir, sin hundirse, la profunda penetración de las unidades hitlerianas en el territorio de la U.R.S.S. El Estado soviético las resistió. Y en las zonas ocupadas por los hitlerianos, las instituciones soviéticas y la organización koljosiana se mantuvieron en la clandestinidad, mostrando las profundas raíces que tenían entre el pueblo.

La realidad, los hechos incontrastables desmienten a los revisionistas que pretenden cargar sobre el sistema soviético y sobre la dictadura del proletariado las responsabilidades por métodos que son ajenos a su naturaleza y que sólo pudieron prosperar transitoriamente.

Ahora los políticos e ideólogos burgueses, acompañados en eso por toda clase de revisionistas, lanzan rayos y centellas sobre la dictadura del proletariado. No hay en ello novedad alguna. Ya Kautsky, en 1918, fulminaba la « arbitrariedad » de la forma del poder de Estado del proletariado. Mucho antes, los bakuninistas lanzaban rayos y centellas contra el « autoritarismo » de Marx y Engels, y su concepción del Estado de la dictadura del proletariado y del Partido político de la clase obrera. Los que atacan al Estado proletario son legión entre los políticos y los publicistas burgueses, socialdemócratas y anarquistas. Es natural que aprovechen cualquier oportunidad, aunque tengan que cogerla por los pelos, para renovar sus ataques.

Los comunistas, por nuestra parte, no hacemos lo que la burguesía suele hacer con su Estado : idealizarle, intentar presentarle como algo superior, por encima de las clases, al servicio de la Humanidad, cuando no como una institución de origen

etapa indispensable hacia el comunismo, hacia la sociedad igualitaria y libre en la que el Estado desaparecerá.

La dictadura del proletariado no es una invención de Marx y Engels, no es una invención de Lenin y de los comunistas, como no lo es tampoco la lucha de clases. La dictadura del proletariado es, directamente, una consecuencia de la sociedad dividida en clases explotadoras y explotadas; es una consecuencia del Estado burgués, es decir : de la dictadura de la burguesía.

Existe una concepción vulgar y una concepción científica de lo que es la *dictadura*. Vulgarmente, dentro de la sociedad burguesa, se denomina dictadura una forma de gobierno de un grupo burgués, que anula las libertades democráticas formales y gobierna por decreto ahogando por la violencia cualquier oposición. Se habla de la *dictadura* fascista, por ejemplo, en oposición a la *democracia* burguesa. Pero desde un punto de vista científico, tanto la dictadura fascista y cualquier dictadura reaccionaria como la democracia burguesa son formas diferentes de la *dictadura del capitalismo*. En la sociedad capitalista, cualquiera que sea el partido o los partidos que gobiernen, el Estado es el órgano de la dictadura burguesa. Mientras el juego parlamentario no pone en peligro la dominación de clase de la burguesía, mientras no atenta a las relaciones de producción capitalistas, la clase dominante permite el desarrollo más o menos pacífico. Cuando ese juego pone en peligro las relaciones de producción, la burguesía sabe que puede contar con el aparato del Estado, el Ejército, la policía, los magistrados, las cárceles, que son mucho más poderosos que los diputados, para poner fin al juego parlamentario y garantizar por otros medios su dominación.

En cualquier caso, el Estado capitalista es siempre el instrumento de la dictadura de esa clase, por cuanto su misión es defender las relaciones de producción capitalistas con unas u otras formas de gobierno.

Cuando Marx, Engels y Lenin, cuando los comunistas hablamos de la dictadura del proletariado, nos referimos a un Estado en el cual el Ejército, la policía, los jueces y las cárceles están para asegurar la liquidación de las relaciones de producción capitalistas, para garantizar y defender la propiedad socialista.

Pero el Estado y, por consiguiente, la dictadura del proletariado, no es para nosotros el *súmmum* de nuestras aspiraciones sino una etapa imprescindible para lograrlas. Lenin escribía estas significativas palabras :

« Esta máquina — el Estado — nosotros se la hemos arrancado a los capitalistas, nos hemos apoderado de ella. Con ayuda de esta máquina, de este garrote, nosotros aplastaremos toda clase de explotación. Y cuando no subsista sobre la tierra ninguna posibilidad de que un hombre explote a otro, cuando no queden ni terratenientes ni propietarios de fábricas, cuando no haya más hartos de un lado y hambrientos del otro, cuando toda explotación se haya hecho imposible, entonces, y sólo entonces, echaremos esa máquina a la chatarra. Entonces no habrá ni Estado ni explotación ». (Lenin, *Conferencia sobre el Estado*, en la Universidad de Sverdlov, el 11-7-1919).

Es decir, el Estado es una reliquia de la sociedad dividida en clases explotadas y explotadoras, un arma de la que el proletariado se apodera para poner fin a la explotación. La noción de Estado lleva aparejadas consigo las de violencia, imposición y autoridad.

Desde un punto de vista marxista y dialéctico, se puede afirmar que el Estado de la dictadura proletaria es un órgano socialista, revolucionario, indispensable, sin dejar de ser a la vez un residuo del capitalismo, una consecuencia del capitalismo. Cuanto más cerca está todavía la sociedad socialista del capitalismo, tanto más fuerte es aún el Estado. Por el contrario : cuanto más se acerca la sociedad al comunismo, tanto más se debilita y se aproxima el Estado a su desaparición. La emancipación definitiva y completa la sociedad igualitaria y fraternal del comunismo, significa la desaparición del Estado. Hablamos, naturalmente, del momento en que este proceso se desarrolle en escala mundial y haya desaparecido el imperialismo y con él el peligro de agresión imperialista.

ritarismo es una perogrullada. Ahora bien, esa violencia, ese autoritarismo en un Estado socialista son naturales y están plenamente justificados cuando se trata de aplastar la resistencia de las clases explotadoras. Son extraños e injustificables, no tienen ninguna raíz objetiva en la naturaleza del sistema cuando se emplean, como hizo Stalin en un momento dado, contra los revolucionarios, contra los comunistas.

Dentro de no sé cuantos decenios, cuando el comunismo exista en todo el mundo, cuando haya desaparecido toda traza de desigualdad, las nuevas generaciones que estudien la historia no sentirán ninguna envidia de volver atrás; juzgarán el período del Estado socialista como un enorme, un radical progreso en relación con el Estado burgués; pero estarán mucho más satisfechos de su sociedad comunista sin Estado. Eso no es razón para que nosotros dejemos de considerar hoy la lucha por un Estado socialista en nuestro país, por ejemplo, como el objetivo más exaltante y más grandioso; no es razón para que no proclamemos la superioridad de la democracia socialista sobre la democracia burguesa formal, y con mucho mayor motivo, sobre la dictadura franquista.

Con todo, cabe prever que la dictadura del proletariado en los países donde triunfe en el porvenir la revolución, revestirá formas muy distintas a las que revistió en Rusia. Ya Lenin lo previó. Y la experiencia de las democracias populares, donde existen el parlamento y diversos partidos políticos que colaboran en la edificación del socialismo, lo confirma. El XX Congreso formuló ya la tesis de la posibilidad del paso pacífico, es decir, sin insurrección ni guerra civil, del capitalismo al socialismo, como consecuencia del fortalecimiento y del papel determinante del socialismo en la esfera mundial y del debilitamiento del imperialismo.

Del mismo modo que en las épocas del auge del capitalismo, y aún hoy en algunos países donde éste es todavía fuerte, la dictadura burguesa, no sintiéndose aún directamente amenazada por su propio proletariado, mantiene formas de democracia y de parlamentarismo, formas más o menos pacíficas, en la época del auge del socialismo, el Estado socialista, apoyado activamente por la inmensa mayoría del país, puede desenvolverse sin limitar las libertades políticas a ningún sector social, sin limitar el derecho al voto y a la representación política.

A medida que la superioridad del comunismo, como modo de vida que asegurará un elevado bienestar a todo el pueblo se afirme en la Unión Soviética — en contraste con la concentración de la riqueza en pocas manos, propia del capital monopolista, que crea a la pequeña burguesía y a la burguesía media una situación sin perspectivas —, las capas medias, en vez de oscilar del lado de los partidos burgueses, vendrán al lado de la clase obrera. La base de masas del capitalismo se reducirá radicalmente, mientras que la base de masas del socialismo, los aliados de la clase obrera, crecerán, serán más estables y consecuentes.

Naturalmente que, incluso en las condiciones más favorables, el proletariado necesitará tener un aparato de Estado suyo, fiel a la revolución socialista, creado en función de la realización de ésta.

Por muy pacífico y por muy breve que sea este período, ésa será una forma de la dictadura del proletariado, un poder de Estado del proletariado, aunque esté sostenido no sólo por la alianza de los obreros y los campesinos, sino también por las capas medias urbanas, y aunque haya conseguido la neutralización de amplios sectores burgueses.

Pero en última instancia, esas formas más pacíficas y más ampliamente democráticas del poder de Estado del proletariado en los países que en el porvenir pasen del capitalismo al socialismo, habrán sido posibilitadas por la Revolución Socialista de Octubre, y por la dictadura del proletariado en la U.R.S.S. Habrán sido posibilitadas por la energía bolchevique con que los comunistas soviéticos aplastaron la encarnizada e implacable resistencia, no sólo de la burguesía de su país sino del imperialismo mundial. Gracias a que los bolcheviques no vacilaron en oponer la violencia revolucionaria a la violencia burguesa más extremada; gracias incluso a que los bolcheviques no vacilaron, a veces, en aplicar el terror rojo contra el terror contrarrevolucionario, a que fueron inflexibles y valerosos cuando

contra el naciente Poder soviético; gracias a la inmensa suma de sacrificios consentidos por el pueblo soviético, la revolución en otros países será en ciertos casos menos dolorosa y más pacífica. La dictadura del proletariado en la U.R.S.S. ha limpiado muchos de los obstáculos en el camino del proletariado de otros países, lo que no significa que la clase obrera de cada país no tenga que realizar su propio esfuerzo para emanciparse. La Revolución de Octubre ha allanado el camino a la victoria de la revolución socialista mundial.

Conviene añadir unas palabras sobre el Partido político, marxista-leninista, de la clase obrera.

El Partido es la forma superior de organización de la clase obrera. Sin su Partido político, el proletariado y las fuerzas revolucionarias de la sociedad no podrían organizar y llevar a cabo la lucha por la conquista del Poder. La práctica lo ha demostrado abundantemente. El Partido desempeña un papel de dirigente, de guía, de orientador de la clase obrera y del pueblo en la edificación del socialismo y del comunismo. En el caso de la Unión Soviética, el Partido Comunista no pudo realizar esta misión en alianza con otros partidos de las capas trabajadoras, pese a los esfuerzos de Lenin y los bolcheviques, porque estos partidos, bajo la influencia de la burguesía y el imperialismo, se pasaron al campo de la contrarrevolución y se sublevaron contra el Poder soviético. Mas incluso en los países donde otros partidos colaboran, un papel dirigente corresponde al Partido Comunista, al Partido marxista-leninista.

La necesidad del Partido dirigente se ha puesto de manifiesto una vez más con la creación del Partido Unido de la Revolución Socialista en Cuba, que se inspira en los principios del marxismo-leninismo.

El Partido Comunista se distingue y se diferencia radicalmente de los partidos burgueses y socialdemócratas por su ideología, sus objetivos, su centralismo democrático consecuente, su alta moral. Sus miembros se caracterizan por su entrega a la causa, por su honestidad, su desinterés, su espíritu de sacrificio y su firmeza. El Partido Comunista es una escuela donde se cultivan y exaltan las mejores cualidades del hombre.

Sin embargo, la alta valoración del Partido Comunista no nos lleva a olvidar que en tanto que el Partido nace en el seno de la sociedad burguesa, en tanto se desarrolla en lucha contra ésta, pero dentro de ella, ni el Partido ni sus miembros están libres de las influencias de la sociedad que les circunda. Entre los miembros del Partido pueden desarrollarse, en ciertos casos, fenómenos extraños a la ideología del marxismo-leninismo: el espíritu de mando, la ambición de poder, el burocratismo, la soberbia, el engrandecimiento, el caciquismo y otras formas de descomposición. Este es un riesgo del que el Partido no está libre, y contra el cual debe permanecer vigilante, asegurando el ejercicio de la crítica y del control colectivo sobre dirigentes y militantes. Incluso puede haber, y hay, casos de hombres en que la capacidad política y la entrega al trabajo del Partido vayan acompañadas de rasgos negativos dimanantes de esas influencias extrañas. Los hombres no se diferencian en dos categorías únicas: perfectos y abominables; hay una serie de gamas y matices. Hombres con las características de Stalin, en una u otra proporción, en uno u otro grado, pueden desarrollarse y llegar a jugar un papel en el Partido proletario. Ello nos alerta sobre la importancia que tiene valorar críticamente las características de los dirigentes y mantener sobre ellos y sobre su trabajo el control de los órganos del Partido, llamándoles al orden, e incluso apartándoles en cuanto sus aspectos negativos empiezan a manifestarse y a constituir un peligro.

El fracaso histórico del anarquismo y de la socialdemocracia. — Sus responsabilidades

¿Existe acaso un medio de que la clase obrera en su lucha por una civilización de tipo superior como es el comunismo, evite las contingencias inherentes a la dictadura del proletariado y al partido político del proletariado? En otras palabras, ¿hay otro camino más « limpio », más « puro » para llegar a la sociedad igualitaria que el que propugnamos los comunistas? La experiencia ha demostrado que no existe otro camino

Tomemos por ejemplo el anarquismo. Los anarquistas pretendían que el primer acto de la revolución debía ser la abolición del Estado, y que la revolución debía hacerse sin crear un partido político del proletariado. Muchas de las críticas anarquistas al Estado y a los partidos políticos no están exentas así, en abstracto, de un fondo de verdad. Pero su concepción es demasiado simplista, y en definitiva, tras una serie de frases más o menos morales sobre esos temas, conduce a desarmar al proletariado, a renunciar de hecho a la revolución. *Lo que no comprendían y no comprenden los anarquistas* — me refiero a los anarquistas honestos, y no a aquéllos que han degenerado en un anticomunismo vulgar — *es que para llegar a acabar con el Estado en general, para hacer innecesaria la existencia de partidos políticos, hace falta servirse de dos instrumentos insustituibles: el partido marxista-leninista y el Estado socialista.* Lo mismo que para derrotar a un ejército enemigo, para que éste no te derrote a ti, no basta condenar la violencia y las armas; hace falta tener tantas armas o más que él; emplear una violencia que domine a la suya, tener un ejército mayor y más poderoso. Una vez que el ejército enemigo ha sido derrotado, una vez que se ha eliminado toda posibilidad de que se reorganice y se rehaga, entonces puedes enterrar las armas, renunciar a la violencia y disolver tu ejército. No hay otro camino.

Y esto ya no es sólo una teoría, como en los tiempos en que Marx y Engels polemizaban con Bakunin, es una experiencia, una práctica confirmada. Por no comprender que el Estado no puede abolirse de golpe, que el Estado se *extingue*, el anarquismo ha consumado su propia extinción.

Y en donde llegó a desempeñar un papel importante ocasionalmente — es decir, en España — el movimiento anarcosindicalista tuvo que transformarse, de hecho, en un partido político, con ministros, concejales, militares, agentes de la autoridad, magistrados, cárceles propias y otras adherencias « estatales » y « políticas ». Esto sin hablar del pequeño y temporal « Estado anarquista » de Aragón, en donde existió la dictadura de la F.A.I. Hay que decir que como partido político, el movimiento anarcosindicalista se caracterizó por los peores defectos de los partidos burgueses, y como participante en el Estado, por los rasgos del más furibundo y caprichoso autoritarismo. Es decir, el anarcosindicalismo desempeñó un papel político ocasional en el único país en donde, negándose a sí mismo, actuó como un partido político pequeño-burgués y reformista más.

El anarquismo, a pesar de haber alcanzado temporalmente gran fuerza en algunos países, no hizo jamás una revolución y no podía hacerla.

Los hombres de tendencia anarquista honestos, que examinen sin prejuicios el XXII Congreso, que estudien la experiencia soviética, comprobarán que la dictadura del proletariado ha terminado con las clases explotadoras; que al terminar con éstas, se transforma en un Estado de todo el pueblo, que, a través de un proceso determinado, terminará por extinguirse.

Los anarquistas honestos comprenderán — muchos lo han comprendido ya — que para acabar con la explotación y lograr una sociedad igualitaria, donde el hombre sea plenamente libre; para acabar con el Estado y con las formas de organización política, no hay otro camino que el que propugnamos los comunistas.

El oportunismo socialdemócrata, por su parte, pretendía también la existencia de otros « caminos » para llegar al socialismo. Oponía y opone a la dictadura del proletariado la democracia burguesa. Decía poder llegar al socialismo por medio de reformas, sin tocar el aparato del Estado capitalista. Hablaba de éste como de un Estado « libre », situándole idealmente por encima de las clases, negando su esencia de clase. ¿ A qué resultados ha conducido el camino socialdemócrata ?

En 1918, cuando en Alemania y en otros países de centro Europa hervía la revolución socialista, los partidos socialdemócratas, arrastrados por sus dirigentes derechistas, so pretexto de « defender la democracia », se pusieron al lado de la burguesía e impidieron que la revolución socialista se extendiera

nazismo, la segunda guerra mundial... ¿ Con qué derecho hablan de crímenes quienes son responsables histórica y políticamente de tantas catástrofes, de que tantas decenas de millones de hombres hayan perecido ?

Durante los años 36-39 el pueblo español sucumbió víctima de la política de « no intervención » de las potencias supuestamente democráticas. Esa política va ligada al nombre de León Blum, jefe de la socialdemocracia francesa y a ésta en tanto que partido. ¿ Cómo olvidar el crimen cometido con la República española ? ¿ Cómo olvidar a sus autores ?

Ahora mismo la política anticomunista de la socialdemocracia en Europa representa una amenaza visible de resurgimiento del fascismo y agudiza el peligro de guerra.

Esos son los resultados que ha tenido para la Humanidad el « camino » elegido por la socialdemocracia.

El juego de la democracia burguesa ha llevado a los socialdemócratas al Gobierno en numerosos países. Pero una vez en el Gobierno, han resultado prisioneros del Estado burgués, que no era un Estado « libre », « popular », como ellos decían, sino la dictadura de clase de los capitalistas. Todo lo más han hecho algunas reformas, cuando no se han opuesto — como ha sucedido muchas veces — a las que reclamaban los trabajadores, lanzando sobre éstos el aparato represivo del Estado burgués. En cualquier caso el régimen capitalista ha subsistido y la burguesía ha expulsado a los socialdemócratas del Gobierno cuando lo ha juzgado útil para ella.

Debemos diferenciar entre los líderes de derecha de la socialdemocracia que sabían muy bien su juego y lo hacían conscientemente y las masas socialistas que habían llegado a creer de buena fe que el Estado es « libre » y está por encima de las clases. Las masas socialistas aprenden en su experiencia lo que es el Estado capitalista y que « sus » ministros dentro de dicho Estado no son otra cosa que « gerentes leales del capitalismo », como decía Blum.

A esas masas hay que ayudarlas también fraternalmente haciéndolas conocer que el único país donde existe hoy un Estado de todo el pueblo, que ya no es tampoco la dictadura del proletariado, es la Unión Soviética. Hay que hacerles comprender que para llegar a ese tipo de Estado, para llegar al socialismo no es por el camino de las reformas, sino por el camino de la revolución, por el camino de la dictadura del proletariado, por el que hay que marchar.

Estas enseñanzas se desprenden luminosamente del XXII Congreso, de la experiencia soviética y debe permitirnos la aproximación con los obreros y los intelectuales socialistas honestos, quienes terminarán por ver que no hay más camino verdadero hacia el socialismo que el que propugnamos los comunistas, el que trazaron Marx, Engels y Lenin.

La garantía de que no se reproducirán las faltas ligadas al culto a la personalidad

Gentes de buena fe, incluso algunos camaradas se preguntan, ¿ y por qué no se denunciaron antes las deformaciones y arbitrariedades, por qué no se hizo esto en vida de Stalin ?

Ciertos defectos, ciertas deformaciones se denunciaron ya en vida de Stalin; en algunos casos, aunque parezca contradictorio, las planteó Stalin mismo. Lenin las había planteado primero.

La lucha contra el burocratismo la iniciaron Lenin y el Partido desde el momento del nacimiento del Estado soviético. Lenin tenía en cuenta que el atraso económico y cultural de Rusia, y la agudeza de los problemas de todo orden, económicos y políticos, derivados de una encarnizada lucha de clases, de la enorme extensión y la diversidad nacional, podían ser la base para el desarrollo de métodos burocráticos y administrativos de dirección. En los primeros tiempos del Poder soviético se creó por Lenin la inspección obrera que tenía por misión la denuncia y la lucha contra los métodos burocráticos precisamente.

Lenin luchó contra los trotskistas y otros desviacionistas que pretendían militarizar los sindicatos y convertir las formas burocráticas de dirección en la regla. Stalin continuó y des-

greso, celebrado en diciembre de 1926, Stalin mismo se opuso a una proposición de Kamenev y Zinoviev que pedían la expulsión de Trotsky.

« No estuvimos de acuerdo — declaró Stalin — porque sabíamos que la política de amputación entrañaba serios peligros para el Partido. Sabíamos que el método de la amputación, el método de la sangría — y ellos exigen sangre — es peligroso, contagioso : hoy se amputa a uno, mañana a otro, pasado mañana a un tercero, ¿ quién quedaría entonces en el Partido ? »

« Si a alguno de nosotros se le suben los humos a la cabeza se le llamará al orden. Eso es imprescindible, eso es necesario. Dirigir el Partido sin aplicar el método de la dirección colectiva es imposible. Después de la muerte de Ilich, es estúpido soñar con ello, es estúpido hablar de ello. »

Stalin cayó luego en la política que él mismo denunciaba. Pero es interesante tener en cuenta este aspecto contradictorio de la cuestión para darse cuenta de cómo en el interior del Partido, incluso en los momentos de más serias deformaciones, en el momento de los crímenes de Stalin, se desarrollaba de hecho una lucha, entre los comunistas que trataban de aplicar en su trabajo, en el radio en que se desenvolvían, los principios leninistas y lo conseguían, y los elementos ganados por esas deformaciones; una lucha entre las deformaciones y los principios justos.

Sin embargo, esa lucha no podía prácticamente desarrollarse hasta su culminación en aquel período. Desarrollarla hasta el fin era enfrentarse resueltamente con Stalin, y dada la enorme autoridad de éste, su inmenso prestigio, levantarse contra él equivalía a levantarse contra la inmensa mayoría del Partido y del pueblo soviéticos.

En aquellas condiciones una lucha contra Stalin no sólo no tenía ninguna posibilidad de éxito, sino que podía representar la apertura de una crisis peligrosa para la misma existencia del régimen soviético. No pueden olvidarse las condiciones en que se desarrolló éste; no puede perderse de vista que en el momento en que la tensión interna disminuía se creaba una nueva tensión internacional con la aparición de la Alemania hitleriana y el eje anticomintern; que luego vino la segunda guerra mundial; que tras la segunda guerra mundial, por un cierto período, los EE.UU. tenían el monopolio de la bomba atómica y amenazaban con ella a la Unión Soviética y a los países socialistas; no puede olvidarse la política yanqui de « los equilibrios al borde de la guerra ». En esas situaciones abrir una lucha interna no hubiera conducido a ningún resultado, y hubiera podido revestir consecuencias catastróficas.

En realidad las condiciones objetivas para abrir esa lucha se han dado precisamente en el momento en que la potencia de la Unión Soviética y la consolidación del sistema socialista mundial alejaban toda posibilidad de que el imperialismo aprovechara la lucha interna para realizar una agresión; en el momento en que las revoluciones de liberación nacional acentuaban la debilidad del imperialismo. Esta situación coincidió aproximadamente con la muerte de Stalin, lo que objetivamente facilitó las cosas.

Aun con todo, Jruschov y sus camaradas han dado pruebas de gran valentía política y personal cuando se han levantado frente al culto de Stalin, en lucha primero con Beria y después con el grupo antipartido y con todos los prejuicios, métodos y concepciones que habían sido creados en años de culto a la personalidad. Esa lucha no era, pese a las condiciones ya más favorables, una lucha fácil. Y si todavía en el XXII Congreso ha sido necesario plantear a fondo esos problemas, es porque, aparte las actividades del grupo antipartido que encuentran ya un eco insignificante en los soviéticos, lo que resulta difícil superar es un estilo, unos métodos burocráticos y antidemocráticos, que han entrado a lo largo de años en la naturaleza de no pocos cuadros del Estado y del Partido, y que constituyen un obstáculo, de no superarse, a la marcha hacia el comunismo.

La marcha hacia el comunismo exige una profunda ampliación de la democracia soviética, la puesta en movimiento del entusiasmo y la energía creadora de decenas de millones de

frenar la plena expansión de esa energía, de esa iniciativa.

En realidad la lucha contra el culto a la personalidad y sus deformaciones forma un todo con el programa de la construcción del comunismo. Con razón se ha dicho que la edificación del comunismo no es sólo una revolución técnica y científica; es también una revolución en la conciencia de las masas y en los métodos políticos de dirección. Lo que sucede es que esa revolución no es un choque entre clases antagónicas, sino un salto de calidad en el desarrollo social, un salto de calidad en la labor del Partido y del Estado. El mérito del P.C.U.S., de su Comité Central encabezado por Jruschov consiste en haber comprendido esta necesidad y en haber luchado firmemente por ella.

Y esta lucha encabezada por el C.C. del P.C.U.S. y por el camarada Jruschov es la mejor garantía de que las deformaciones y arbitrariedades del período de Stalin no se repetirán. Ninguna persona que piense puede dejarse cazar por los argumentos falaces de la propaganda reaccionaria que lanza insidiosamente la pregunta: « ¿ Qué garantías hay de que Jruschov no hará lo mismo que ha hecho Stalin ? »

¿ Garantías ?

La primera garantía es la denuncia del culto a la personalidad y la corrección de los errores y arbitrariedades ligados con éste; y junto a ello, la nueva situación creada con el paso de la fase socialista a la fase comunista, y el ensanchamiento consecuente de la democracia soviética, aspectos a los que nos hemos referido ampliamente en otro lugar de este informe.

En cuanto a las características personales de Jruschov hay que tener presente que él es quien ha encabezado la lucha por poner fin al culto a la personalidad, por desarrollar la democracia en el Partido y en las instituciones soviéticas, por restablecer los principios leninistas. Sus discursos y su ejemplo educan al pueblo en este sentido. Y ese espíritu está en la práctica diaria, está en los nuevos estatutos, en el nuevo programa, en el nuevo Código Civil, en la Constitución que se halla en preparación.

Desde que Jruschov se halla al frente del Comité Central y del Gobierno, no ha vuelto a haber procesos políticos. La U.R.S.S. es uno de los raros países de la Tierra donde durante los últimos seis años no se ha encarcelado o ejecutado a nadie por motivos políticos. Mientras tanto, en el mundo capitalista suman decenas de millares los encarcelados y muertos por motivos políticos en el mismo período.

Jrushov es un hombre de extraordinario dinamismo, que está dejando su huella en este período de la historia mundial. Pero sus características personales son muy distintas a las de Stalin. Jruschov no vive encerrado entre cuatro paredes; no dirige desde su despacho. Siempre está en un lugar u otro, entre los campesinos koljosianos y los obreros, examinando con ellos los problemas económicos y sociales, enseñándoles y aprendiendo de ellos. Jruschov no conoce los problemas a través de los papeles, sino en un contacto vivo y diario con los hombres. Aborda y discute los problemas más complejos y delicados a la luz pública, en la calle. Es significativo lo que dice del dirigente soviético un diario como el *New York Times*, en su número del 26 de noviembre :

« Viaja, aconseja cómo sembrar el algodón, cómo hacer las cosas... Este año *todos los meses ha estado por lo menos dos semanas fuera de Moscú*. Uno se pregunta : Si en la Unión Soviética el ser jefe del Estado no depende de los votos de los electores, ¿ por qué emplea tanto tiempo con el pueblo ? *Es evidente que la goza hablando con la gente, mezclándose con ella, haciéndole discursos, transmitiéndole su vasta y variada experiencia. Hace un verdadero trabajo de educación política en favor de su régimen*. Además anima a las gentes no sólo a que trabajen sino a que hablen, a que le escriban planteándole sus quejas. Está seguro de que jamás incurrirá en el error de Stalin denunciado por él en 1956. Dijo entonces que Stalin ignoraba lo que pasaba entre el pueblo porque jamás iba a ninguna parte.

No va con séquito alguno. Eso lo puede hacer Jruschov, pero los jefes de Estado occidentales no pueden viajar

libremente de la capital. Esto demuestra que en el Kremlin existe una verdadera dirección colectiva y que puede viajar tranquilamente y abandonar durante semanas el Kremlin sin miedo a una revolución de Palacio. »

Sería difícil trazar las características de Jruschov mejor que lo hace un periódico antisoviético y anticomunista como el *New York Times*. Esas características, ese estilo, tan semejante al de Lenin, representan una garantía indudable de que

III. - LOS PROGRESOS Y LOS CAMBIOS EN EL MOVIMIENTO COMUNISTA INTERNACIONAL

Los Partidos comunistas y las arbitrariedades de Stalin

Otra cuestión que se plantea es : ¿ cómo los Partidos Comunistas, y más concretamente sus dirigentes, han tolerado, sin oponerse, la situación que existía en el último período de Stalin ?

La respuesta es clara. Los Partidos Comunistas y sus dirigentes ignoraban todo de los crímenes y de las arbitrariedades de Stalin. ¿ Cómo podían no ignorarlo, si esos aspectos eran desconocidos hasta del pueblo y los comunistas soviéticos, e incluso de gran parte de sus dirigentes; si muchos de éstos han conocido, o por lo menos comprobado esos hechos delictivos sólo ahora, tras la muerte de Stalin y la condena de Beria ?

Es verdad que la burguesía y los trotskistas habían hablado hace años de los « crímenes » de Stalin; posiblemente otras gentes de buena fe mezclaron sus voces a las de aquéllos en el mismo sentido; pero frente a la avalancha de ataques reaccionarios contra la revolución socialista, contra el régimen soviético; de complots, sabotajes, preparativos de guerra y guerras contra el país del socialismo, ¿ cómo podíamos dar crédito a acusaciones, cuyo fin efectivo no era corregir aspectos negativos, sino simplemente hundir, destruir la revolución del proletariado, triunfante por primera vez en la historia ?

¿ Y cómo podíamos distinguir entre el coro de ataques encarnizados a la revolución, el metal de algunas voces honestas que, en definitiva, cualesquiera que fuesen sus intenciones, servían de acompañamiento al coro ?

Lo que defendíamos entonces los Partidos Comunistas era la primera revolución socialista; la primera democracia proletaria, el primer paso victorioso de la revolución socialista mundial. Defendíamos nuestra propia revolución.

¿ Teníamos razón ? ¿ Quién, honestamente, puede ponerlo en duda ? Ahí están los resultados : en la U.R.S.S. se ha edificado el socialismo y se inicia el paso a la fase superior, al comunismo. La República Popular China y una serie de países de Asia y Europa han venido a formar con la U.R.S.S. el sistema socialista mundial; en Cuba la revolución ha abierto la vía hacia el socialismo y las fuerzas revolucionarias crecen y se agitan en toda América Latina. Decenas de nuevos Estados, que han roto la opresión política del imperialismo, han hecho su aparición, en los últimos años, en Asia y Africa. Algunos de esos Estados marchan por un rumbo histórico nuevo, hacia una sociedad no capitalista.

El sistema imperialista ha ido replegándose, perdiendo posiciones, hasta no ser ya el factor determinante del desarrollo internacional, hasta hallarse al borde de la quiebra definitiva.

Y todos esos enormes resultados históricos, ¿ a quién se deben ? ¿ A los que atacaban a la revolución socialista, a los que atacaban a la Unión Soviética ? ¿ Se deben acaso a la socialdemocracia o al anarquismo ? ¿ Al catolicismo más o menos social ?

Esos resultados son la obra de la lucha del Partido Comunista de la U.R.S.S. y de los Partidos Comunistas de todo el mundo; esos resultados han sido adquiridos gracias a que la primera revolución socialista, dirigida por los comunistas, triunfó y se consolidó en la Unión Soviética, y dio una base poderosa a la lucha de todos los pueblos por su liberación na-

los defectos y las deformaciones de Stalin no serán repetidos por Jruschov.

Nosotros no tenemos ninguna intranquilidad al respecto. En el nuevo rumbo, en el nuevo clima creado en la Unión Soviética y en el movimiento comunista internacional, las deformaciones, las arbitrariedades denunciadas, encontrarán una resistencia insuperable. La denuncia de los métodos de los dirigentes albaneses lo prueba.

Por esos objetivos hemos luchado y seguiremos luchando. Y durante muchos años los Partidos Comunistas lo hemos hecho solos, nadando contra la corriente, combatidos y perseguidos ferozmente. En muchos países capitalistas, entre ellos España, todavía hoy la lucha de los comunistas está llena de dificultades y de peligros y heroísmos.

¿ Era justa, es justa nuestra lucha ? Sin orgullo vano, sin fanfarronería, podemos afirmar rotundamente que sí. No somos nosotros quienes se equivocaron; se equivocaron nuestros adversarios, los que nos combatían, y los que aún nos combaten.

Y no permitiremos que se trate de colocar en el banquillo de los acusados al Partido Comunista, especulando con los abusos habidos en torno al culto a la personalidad. Al intentar esta maniobra el enemigo de clase sabe bien lo que hace : pretende debilitar, impedir el fortalecimiento de la vanguardia de la revolución, a fin de dejar sin dirección las enormes fuerzas revolucionarias que crecen en occidente, incluso en aquellos países donde el régimen capitalista es aparentemente más sólido. No nos dejaremos arrastrar a ningún juego polémico que permita presentar, ni por un minuto, a los que han triunfado, a los que tenían razón, como acusados ni como responsables. Una cosa es la crítica y autocritica comunistas, otra el denigramiento de cuanto somos y representamos a que se entrega el enemigo.

La corrección de los errores ligados al culto a la personalidad en nuestro Partido

El XXII Congreso ha aprobado los nuevos estatutos del P.C.U.S. Sacando las lecciones del pasado y teniendo en cuenta la desaparición de clases antagónicas, la consolidación del sistema socialista y las exigencias de la marcha al comunismo, los nuevos estatutos introducen mayores garantías para el funcionamiento democrático interno. Caen bajo el peso de la amenaza de expulsión quienes amordacen o persigan la crítica. Se establece el principio de la renovación sistemática de los órganos dirigentes ligado al de la continuidad de la dirección; las elecciones por voto secreto; garantías democráticas contra cualquier injusticia o arbitrariedad.

Todas las modificaciones introducidas por el XXII Congreso en los estatutos suponen un desarrollo de los principios leninistas que rigen la vida del Partido, en las condiciones particulares de la sociedad soviética.

Una aplicación mecánica de estas medidas a las condiciones en que se desarrollan los Partidos Comunistas en los países capitalistas sería, naturalmente, un error. Con mayor fundamento cabría rechazar las teorías revisionistas de quienes pretendiesen tomar pie de las deformaciones habidas en el último período de Stalin para alterar los principios leninistas sobre el Partido y abrir en éste un proceso de descomposición.

El Partido no toleraría nunca una interpretación falsa del XXII Congreso que entrañe la liquidación de sus características de organización política de combate, que altere las reglas del centralismo democrático por que se rige, que ponga en peligro su férrea unidad.

Ello no significa que la influencia de los métodos ligados al culto a la personalidad en la vida interna del Partido no sea barrida con la mayor energía. Pero ésta es una tarea que el Partido Comunista de España abordó sin vacilaciones al día siguiente del XX Congreso del P.C.U.S., tomando las medidas necesarias y no vacilando en la autocritica abierta y sincera

de las fallas y defectos, autocrítica aprobada unánimemente por el Partido.

Nosotros pudimos hacer esto inmediatamente al XX Congreso porque en el seno de nuestro Partido, antes que aquél tuviese lugar, se desarrollaba ya una lucha por los principios leninistas, contra los métodos antidemocráticos, de orden y mando, de estrangulamiento de la crítica y del contraste de opiniones. Momentos importantes de esa lucha fueron el informe de la camarada Dolores Ibárruri ante un grupo de militantes, en diciembre de 1951; la « Carta abierta del C.C. a las organizaciones del Partido » de 1952, y el V Congreso del Partido en 1954.

En éste, la camarada Dolores Ibárruri planteó abiertamente en el informe político que :

« Muchas de las debilidades que se han producido en el desarrollo del trabajo del Partido ha sido por haber dado de lado una de las condiciones fundamentales del trabajo de dirección, que es el principio de la dirección colectiva en todos los escalones del Partido:

La experiencia enseña que las decisiones colectivas son las más justas, pues en la dirección personal hay siempre unilateralidad y muchas más posibilidades de error que en la dirección colectiva. »

Y en el informe sobre los problemas de organización presentado al V Congreso se planteaba :

« El Partido demanda de sus militantes tanto que cumplan sus deberes para con el Partido como que ejerciten plenamente sus derechos. De ambas formas dan su contribución al Partido. Por ejemplo, cuando los militantes del Partido ejercen de una manera sana el derecho a la crítica, ¿ a quién ayudan, a quién favorecen ? ¿ Extraen ellos alguna ventaja personal de ello ? No. A quien ayudan y a quien favorecen es al Partido, porque incluso cuando la crítica no es totalmente justa — y es muy difícil que lo sea totalmente — contribuyen, con los elementos acertados que hay en ella, a la corrección de los errores, al mejoramiento de la labor del Partido. Los órganos de dirección del Partido necesitan esta crítica como el hombre necesita el aire que respira y deben promoverla y estimularla sin temor. »

En el mismo informe se enjuiciaban los métodos negativos que han sido una consecuencia de las influencias del culto a la personalidad dentro de nuestro Partido :

« ...durante algún tiempo ha habido camaradas responsables que tomaban como un rasgo fundamental de firmeza del militante la dureza de su actitud ante los miembros del Partido, su facilidad para tomar decisiones unipersonales saltándose a la torera la opinión de los demás miembros del colectivo; el menoscabo hacia los miembros del Partido y la falta de alma para tratarles, e incluso para sancionarles hasta con la expulsión si se terciaba, sin encomendarse a Dios ni al diablo, por cuenta propia; la tendencia a ver siempre lo negativo, y a inventarlo cuando no existía para poder fustigar, para tener ocasión de empuñar el látigo.

Para esos responsables cuanto más cacique, más insensible y más bárbaro, tanto más firme se era. Por el contrario, el camarada que tendía a no tomar decisiones unipersonales, a consultar con el colectivo; el camarada que trataba con respeto a los miembros del Partido, y que aun fustigando lo negativo se agarraba a todos los elementos positivos de desarrollo en su organización, para impulsarlos y desarrollarlos, corría el riesgo de ser caracterizado como un hombre blandengue, irresoluto, casi un vacilante. »

« Hay camaradas que gustan rodearse en su trabajo de hombres incondicionales, sin criterio, de los que a todo dicen que sí en cuanto viene del responsable; estos camaradas crean así en su torno una atmósfera peligrosa de culto a la personalidad, de complacencia. En donde hay tales camaradas es como si la corriente rápida y limpia se estancara; las aguas se pudren y contaminan todo alrededor con sus miasmas. Sólo elementos de estancamiento

Y esto lo decíamos antes del XX Congreso, antes de que fuese conocida la denuncia de los métodos del culto a la personalidad; y lo decíamos aun estando en la ilegalidad más cerrada, es decir, en las condiciones más desfavorables para el desarrollo de la democracia interna, cuando por fuerza es preciso acentuar el centralismo del Partido.

Sin extraer de ello ninguna razón para envanecernos, creo que este estado de ánimo que ya teníamos explica que a raíz del XX Congreso nuestro Partido haya sacado sin vacilaciones todas las consecuencias que le concernían a él mismo, derivadas de los métodos denunciados en aquel histórico comicio.

Así la resolución del Pleno del Comité Central celebrado en agosto de 1956 condensaba el profundo esfuerzo autocrítico realizado en estos términos :

« El culto a la personalidad se ha reflejado en la labor ideológica y en la vida orgánica del Partido. Ha sido un freno dogmático para la aplicación creadora de la teoría marxista-leninista a los problemas de la revolución española. »

« A lo largo de años ha existido una situación anormal en el funcionamiento de los órganos dirigentes del Partido. El C. C. cedía la mayor parte de sus prerrogativas de órgano supremo de dirección en manos del Buró Político que, de hecho, le reemplazaba en sus funciones. Y el Buró Político, a su vez, renunciaba buena parte de sus atribuciones en el Secretariado y en el responsable de éste, que en la práctica se convertía en el órgano supremo de dirección, en contradicción con los principios y los estatutos del Partido. »

« En los órganos de dirección inferiores se producía un fenómeno semejante. El secretario o cuando más un pequeño núcleo de camaradas, absorbían las funciones de los comités y de las organizaciones, decidiendo sobre todos los problemas esenciales. »

« Esto conducía a la limitación de la democracia en el interior del Partido, a frenar y cortar la iniciativa de los militantes, a que éstos no jugasen en las decisiones todo el papel que les correspondía y que ningún grupo de dirigentes, por muy capaz y honesto que sea, puede reemplazar. Privaba al Partido de la aportación vivificadora de las grandes fuerzas que existen en su seno y que sólo pueden manifestarse plenamente a través de un ejercicio más consecuente de la democracia. »

Nuestro juicio autocrítico partía de la base de que algunos de los defectos revelados por el XX Congreso en la actividad del P.C.U.S. se daban también en nuestro Partido, aunque en diferente proporción y con distinto alcance, dadas las diferencias de situación.

En general era muy difícil que ciertos aspectos de los fenómenos ligados al culto a la personalidad no se reflejaran de una u otra forma, en una u otra medida en todos los Partidos Comunistas.

Conscientes de ello hemos acometido la corrección de los errores. Desde 1954, a pesar de la ilegalidad, nuestro Partido ha celebrado dos Congresos. A partir de 1956, nuestro Comité Central — a pesar de lo difícil que es reunirle — ha celebrado siete sesiones plenarias y ha sido consultado varias veces, de la forma que establecen los estatutos, sobre cuestiones políticas de importancia. En el Partido se han desarrollado la discusión, la crítica y la autocrítica. Nadie ha sido sancionado en estos años por sus posiciones políticas discrepantes; incluso en algunos casos en que esas discrepancias afectaban a los principios, han sido resueltas satisfactoriamente por la persuasión y el convencimiento, tras una paciente discusión. Los órganos dirigentes del Partido elaboran colectivamente todas las decisiones que les competen. La unidad del Partido se ha hecho más sólida y consciente.

Nuestro Partido es, a pesar de la ilegalidad, un partido democrático, enraizado en el pueblo; el más democrático de los partidos políticos españoles.

No cabe duda que cuando emerjamos a la legalidad democrática en España la democracia en el interior del Partido

El XXII Congreso no nos plantea, pues, en este orden, ningún problema interno, aunque nos anima a perseverar, eso sí, y con la mayor firmeza, en la orientación emprendida en cuanto al funcionamiento y a los métodos de vida interna del Partido se refiere.

Precisamente la lucha por el restablecimiento de los principios leninistas es uno de los factores que nos han dado el aumento de autoridad, de fuerza y de influencia que el Partido ha experimentado durante estos últimos años.

Si alguien pretendiese transformar la corrección de las deformaciones ligadas al culto a la personalidad en una revisión de los principios leninistas es seguro que nuestro Partido se opondría enérgicamente. Nuestro Partido se sitúa firmemente sobre el terreno del leninismo, el terreno del XX y del XXII Congreso del P.C.U.S.

En relación con esto, nosotros no podemos aceptar la tesis de que el centralismo democrático es compatible con la formación de *mayorías* y *minorías* en el Partido. La formación de *mayorías* y *minorías* sería el camino para la creación de *tendencias* y *fracciones* dentro del Partido, para romper la unidad de éste. ¡Aceptemos la formación de *mayorías* y *minorías* dentro del Partido, renunciemos a la dictadura del proletariado como objetivo y como etapa de transición para el paso del capitalismo al socialismo y veremos al Partido Comunista degenerar en un partido socialdemócrata, más o menos izquierdista, con más o menos apoyo electoral, pero impotente para realizar la revolución socialista, para marchar hacia el comunismo, para cumplir su misión histórica emancipadora!

Es cierto que en el Partido, en determinadas situaciones, pueden resolverse ciertas cuestiones importantes no por medio de la unanimidad formal, sino mediante votaciones; ese método puede resultar indispensable sobre todo en un momento en que parte del Partido no comprenda la necesidad de determinadas medidas y en que éstas sean tan urgentes que no haya posibilidad de perder tiempo intentando persuadir y convencer a los que no comprenden y se imponga acudir a la ley de la mayoría. De todas formas siempre será mejor, si la situación lo permite, obrar por la persuasión y el convencimiento, a través de la confrontación de opiniones. Pero incluso cuando se resuelva por mayoría, *una vez tomada una decisión, en el Partido no hay mayorías ni minorías*; no hay una parte que la cumple y otra que va a la zaga, rezongando y poniendo obstáculos. Todo el Partido como un solo hombre se entrega a la tarea de aplicar la decisión tomada. El Partido en la acción es una sola voluntad, un solo cuerpo de combate, sin fisuras y mucho menos sin grupos o francotiradores que le hostiguen desde su propia retaguardia.

Si esta unidad es siempre indispensable, lo es más todavía en las condiciones en que lucha nuestro Partido contra una dictadura fascista cruel y brutal que aprovecharía la menor falla en nuestras filas para neutralizarnos y ponernos fuera de combate.

La unidad de voluntad del Partido del proletariado, que exige la discusión y la crítica internas, es garantizada mucho mejor cuando en la dirección del Partido, en la composición de ésta, desempeñan un papel predominante los elementos de origen proletario. En nuestro Partido participan cada día más combatientes que provienen de clases y capas no proletarias de la población; estos camaradas tienen abiertas ante ellos las mismas posibilidades que no importa qué militante; su actitud en la lucha, su firmeza de principios puede llevarles a las responsabilidades más elevadas. Pero en la composición del Partido y en la de su dirección tienen que predominar lógicamente los hombres de la clase más consecuentemente revolucionaria, de la clase que agrupa en torno suyo a las fuerzas de la sociedad que se orientan hacia el socialismo: la clase obrera. Esta es una garantía de la unidad y de la firme orientación del Partido. El consejo de Lenin en 1922 al XIII Congreso para que fueran elevados un centenar de obreros al Comité Central del Partido como garantía de su unidad y de su justa orientación, es un consejo que, en su esencia, ningún Partido Comu-

Lo nuevo en el movimiento comunista internacional

En el XXII Congreso han tomado estado público las divergencias existentes con los dirigentes albaneses. Esas divergencias no eran cosa nueva en el movimiento comunista internacional; venían arrastrándose desde hacía tiempo. Enver Hodza y Mehmet Shehu no habían aceptado la orientación del XX Congreso y la denuncia del culto a la personalidad de Stalin más que de labios afuera. En Albania ellos mismos utilizaban los métodos de la arbitrariedad y de la violencia contra otros dirigentes y miembros del Partido. El respeto a la legalidad socialista no convenía a la política de camarilla que realizaban a la cabeza del Partido y del Estado. Ya antes de la Conferencia de los 81 mostraron sus divergencias. En el seno de esta Conferencia, los que participamos en ella pudimos escuchar un discurso inaudito de Enver Hodza, que se manifestó más como jefe de banda que como dirigente de un Partido proletario. Al intervenir después de este discurso, en nombre de nuestro Partido, la camarada Dolores Ibárruri, expresó el sentir general de los reunidos declarando que en sus largos años de militante jamás había escuchado nada tan escandaloso. Enver Hodza tomaba abiertamente la defensa de los métodos de Stalin, hacía suyas las tesis dogmáticas y equiparaba calumniosamente la política del P.C.U.S., que había sido aprobada por el movimiento comunista mundial — incluido, durante algún tiempo, el Partido Albanés del Trabajo — con la de los revisionistas yugoslavos.

Lo más grave es que la cuestión no quedó en una divergencia política o ideológica, sino que los dirigentes albaneses abrieron una lucha feroz contra los partidarios dentro de las filas de su partido de las tesis del XX Congreso del P.C.U.S., hechas suyas por el movimiento comunista internacional en las reuniones de 1957 y de 1960. Los mejores comunistas albaneses se vieron destituidos de sus cargos, encarcelados, procesados, condenados a terribles penas por el único delito de permanecer fieles a los ideales del internacionalismo proletario.

Nosotros, comunistas españoles, como cuantos comunistas luchan en los países del capitalismo, hemos sido perseguidos múltiples veces a causa de nuestro amor a la Unión Soviética, a los principios del internacionalismo proletario. Muchos de nuestros camaradas han caído ante los piquetes de ejecución mezclando los vivas a España y al Partido con los vivas a la Unión Soviética.

Lo que no podían imaginar los camaradas que, frente a un poder fascista, en el momento de morir proclamaban así su fidelidad al internacionalismo, es que dirigentes que se llaman comunistas pudieran condenar a la prisión y a la muerte a militantes revolucionarios por el solo delito de ser fieles a la Unión Soviética y al movimiento comunista internacional.

¿Podían guardar los camaradas soviéticos el silencio ante una situación semejante? ¿Podían callar, cuando los diplomáticos soviéticos y los técnicos que han ayudado a modernizar Albania eran constantemente objeto de vejaciones y de atropellos por parte de los órganos de seguridad albaneses?

En este caso ya no se trata de divergencias que pueden resolverse por el método de la discusión política e ideológica, con la paciencia y la calma que deben emplearse en este género de cuestiones. Se trataba de crímenes, de atropellos, de provocaciones que no se podían silenciar por más tiempo.

Los dirigentes albaneses tratan de dar una fachada « ideológica » a su conducta: se muestran opuestos a las concepciones del XX Congreso y, naturalmente, a las del XXII; se presentan como los guardadores de la « pureza » del marxismo-leninismo frente al « revisionismo » en que, según ellos, hemos caído los Partidos Comunistas de todo el mundo; ponen en duda la política de coexistencia pacífica, se sienten animados de un espíritu belicoso; de hacerles caso, habría que lanzarse a una terrible y destructora guerra termonuclear para terminar con el imperialismo. Pero su aventurerismo político está dictado por su voluntad de imponer al valeroso pueblo y al Partido Albanés del Trabajo una dirección indeseable.

Hay que decir que los camaradas soviéticos no se han inmiscuido en ningún momento en los asuntos internos de

preferido respetar escrupulosamente el principio de no ingerencia en los asuntos internos de otro país, y han hecho bien. A su tiempo, el pueblo y el Partido albaneses sabrán encontrar ellos mismos la solución a esta penosa situación.

En la tribuna del XXII Congreso la mayor parte de los representantes de Partidos hermanos hicieron suya la crítica de los camaradas soviéticos a los albaneses. También nosotros, en el discurso que Dolores Ibárruri pronunció en nuestro nombre, nos adherimos. La crítica no nos sorprendió. Habíamos visto la actitud de los dirigentes albaneses en la reunión de los 81; sabíamos cómo se había desarrollado su último congreso, a pesar de que nuestro Partido, contra lo que es usual entre Partidos Comunistas, no fue invitado a asistir a él. Nuestro Comité Central estaba informado de la posición de los dirigentes albaneses, tenía su opinión al respecto, y la camarada Dolores Ibárruri expresó fielmente esta opinión ante el XXII Congreso.

Los representantes de un gran Partido, el Partido Comunista Chino, hicieron en la misma tribuna reservas en cuanto a la conveniencia de discutir estos asuntos en público. Estaban en su derecho al hacer esta observación. También nosotros estamos en el nuestro pensando que las reservas de los camaradas chinos y a la vez sus saludos a los dirigentes albaneses, pueden actuar como un estímulo para las actividades nefastas de Enver Hodza y sus cólegas. Con todo el respeto que el Partido Comunista Chino nos merece, no podemos darle en este caso la razón, ni dejar de subrayar los inconvenientes de su actitud.

Es evidente que el movimiento comunista internacional hoy en día se diferencia mucho del que existía en tiempos de la Internacional Comunista. Entonces el socialismo sólo había triunfado en un país; en el resto del mundo, con pocas excepciones, el comunismo era todavía débil. Los problemas que se suscitaban en el seno de la Internacional Comunista tenían otra envergadura, y se podía aplicar una disciplina, voluntariamente consentida, porque la Internacional Comunista era un Partido Comunista internacional, con una dirección, su Comité Ejecutivo, y con unos Congresos cuyas decisiones eran obligatorias para todos sus miembros.

Hoy no hay un Partido Comunista internacional, hay un movimiento comunista mundial. No se trata sólo de un cambio de nombre, sino también de un cambio de contenido. Hoy no existe ningún centro internacional dirigente, ni, como han proclamado antes que nadie los camaradas soviéticos, ningún Partido dirigente, mientras que antes, en la Internacional Comunista, era reconocido el papel dirigente del P.C.U.S.

Entre paréntesis diremos que tampoco podrían existir varios centros de carácter regional, ya que el desarrollo político y económico, incluso en aquellos países más próximos, cuyos problemas ofrecen más similitud, es diverso y caracterizado por una serie de factores nacionales particulares. Además, sería insensato y peligroso dividir el movimiento comunista en « zonas de influencia ».

Las nuevas características del movimiento comunista mundial son consecuencia del formidable desarrollo del comunismo, de las victorias de la clase obrera en escala universal. La clase obrera dirige el Estado ya en doce países. Casi no queda un pueblo en la Tierra donde no haya un Partido Comunista, y en algunos, muy fuerte. En el porvenir será aún mayor el número de Estados donde la clase obrera, con los comunistas a la cabeza, desempeñe un papel dominante.

Por un lado, los problemas que deciden hoy muchos Partidos son ya problemas de Estado; en estas condiciones es imposible la existencia de un centro único dirigente, ni de un Partido dirigente, que resuelva sobre la política de Estados nacionales; la clase obrera y el Partido Comunista en cada Estado deciden autónomamente sobre las formas de la construcción del socialismo, sobre las medidas de la revolución en cada país. Esta es una exigencia de la realidad en la fase actual.

El desarrollo político y económico desigual de los diversos países socialistas, consecuencia de su pasado capitalista, hace que la diversidad y la variedad de problemas sea enorme, y explica no sólo que no haya un centro mundial único, sino incluso que en algún caso puedan surgir divergencias sobre

cómo aplicar los principios del marxismo-leninismo en una situación concreta determinada.

Por otro lado, los Partidos Comunistas que actúan en los países capitalistas, en condiciones también muy diversas — desde la democracia burguesa formal y las dictaduras fascistas hasta el régimen colonial y semicolonial — no podrían desempeñar su papel nacional plenamente si no poseyeran la más amplia autonomía para aplicar de manera creadora los principios del marxismo-leninismo a las condiciones concretas en que se plantea la lucha revolucionaria en su país.

Esta diversidad de situaciones engendra puntos de vista originales, elaboraciones particulares que, en general, vienen a enriquecer la teoría, y que algunas veces, también, plantean problemas y hasta pueden dar origen a divergencias de opinión.

El movimiento comunista mundial posee una base común: el marxismo-leninismo; está unido por el internacionalismo proletario. Pero el marxismo-leninismo no tiene una receta preparada de antemano para cada situación; la experiencia, los cambios en la situación, exigen el enriquecimiento de la teoría, su aplicación creadora.

En un momento dado, de cambios profundos, pueden surgir diferencias sobre nuevas tesis que la práctica ha mostrado necesarias. Algunos Partidos pueden ir a la zaga en la elaboración de la nueva realidad; pueden aferrarse a tesis sobrepasadas, cayendo en el error del dogmatismo.

Estas son contingencias reales. Hemos visto, por ejemplo, desarrollarse en el movimiento comunista internacional una gran discusión en torno a la nueva tesis elaborada por el XX Congreso del P.C.U.S. sobre la posibilidad de impedir la guerra. Algunos Partidos no la comprendían. No obstante, el movimiento comunista mundial la adoptó en las conferencias habidas en 1957 y en 1960.

Cabe presumir que en el futuro esas u otras nuevas tesis, aunque sean justas, determinarán discusión y polémica, hasta ser generalmente aceptadas.

Hay camaradas que se alarman y añoran los « buenos » tiempos viejos, aquellos tiempos en que los comunistas « éramos pocos, pero bien avenidos ». Esta actitud recuerda la de quienes ante el progreso industrial y los nuevos problemas que éste creaba predicaban el « retorno a la tierra ». Algunos camaradas no se acostumbran a ver el movimiento comunista no tal como era ayer, sino tal como, ¡ gracias a Dios!, es hoy.

Sin embargo, a poco que reflexionen se darán cuenta que no tenemos nada que lamentar, si en vez de pocos, hoy somos legión; si en vez de pequeños grupos de oposición, hoy existen tantos Partidos Comunistas gobernantes, y otros tantos que se preparan para llegar a serlo.

¿ Que eso crea problemas? También crean problemas los hijos cuando crecen y sin embargo ningún padre quisiera que los suyos quedasen enanos... Marx, Engels y Lenin, los padres del movimiento comunista mundial exultarían de contento si vieran cómo ha crecido éste y se ha convertido en un hercúleo y poderoso gigante.

Tenemos que hacernos a la idea de que en el movimiento comunista mundial seguirá habiendo discusiones, seguirá habiendo problemas. Y cuanto más crezca, con mayor motivo. Lo que hace falta es que esos problemas y esas discusiones se desarrollen sobre una base de principios marxista leninista; que cada Partido tenga en cuenta no sólo los intereses nacionales estrechos, sino los intereses generales de la revolución y de la paz; que a través de la discusión se busque y se logre la cohesión, la unidad, sobre las cuestiones fundamentales de principio y sobre las cuestiones de política mundial del movimiento comunista.

Hay que recordar en la vida y en la actividad diaria del Partido la necesidad de la educación internacionalista, de la lucha contra los prejuicios nacionalistas burgueses, contra la penetración ideológica de la burguesía, que pueden hacer degenerar las discusiones y las divergencias, en un momento dado, en conflictos.

Es decir, la educación marxista leninista del Partido debe ser, en cada país, una de las preocupaciones mayores, y esa educación no puede hacerse sin una lucha contra las corrientes dogmáticas y revisionistas.

motivos posibles de especulación. Pero ¡ que no se hagan ilusiones! Frente al imperialismo y sus amenazas, el sistema socialista y el movimiento comunista mundial constituyen un solo frente, sin fisuras ni grietas. ¡ Si trataran de ponerlo a prueba algún día, las diferencias se desvanecerían como por ensalmo y nos presentaríamos en orden de batalla, tanto o más unidos que en los tiempos de la Internacional Comunista!

Sin perjuicio de esta diversidad que existe hoy en el movimiento comunista, el P.C.U.S. asume un papel de vanguardia. No podía ser de otro modo. ¿ Quién ha hecho el primero la revolución? ¿ Quién posee más experiencia y conocimientos? ¿ Quién lleva un peso y una responsabilidad mayor en la lucha, en escala mundial? ¿ Quién posee más fuerza para contrarrestar y combatir los planes imperialistas, para ayudar a los pueblos en su lucha liberadora?

El reconocimiento de este papel de vanguardia no es ningún « conformismo », es el reconocimiento de una realidad. Y hay que decir que el P.C.U.S. hace honor a sus deberes ante el movimiento obrero y comunista mundial y que sus éxitos son una poderosa contribución al reforzamiento y a los progresos del movimiento comunista en todo el mundo. Hay que decir que, en este terreno, cada Partido Comunista debe mucho al P.C.U.S., a sus históricos aciertos y victorias y también a su gran honestidad y coraje para denunciar y superar los errores cometidos en el pasado.

En el terreno del enriquecimiento y del desarrollo de la teoría, la labor del P.C.U.S. ha conocido un nuevo auge desde el XX Congreso y de ella se beneficia todo el movimiento comunista y democrático. El P.C.U.S. ha abordado el problema nuevo de los cambios que se operan en la acción de las leyes objetivas del desarrollo histórico en el período en que el imperialismo ha dejado de ser el factor determinante y en que empieza a serlo el sistema socialista mundial. Esos cambios afectan hoy a las más mínimas manifestaciones de la lucha de clases no ya sólo en escala internacional, sino en cada país; esos cambios alteran muchas concepciones establecidas de antiguo, determinan una serie de fenómenos en el comportamiento mismo de los capitalistas que no se daban anteriormente.

Es evidente que aún hay mucho que hacer en la elaboración teórica de esos problemas. Pero también lo es que los soviéticos han dado pasos esenciales. Las tesis sobre la posibilidad de evitar la guerra, sobre la posibilidad del paso pacífico del capitalismo al socialismo, de las formas parlamentarias de la dictadura del proletariado, de las revoluciones nacionales de liberación que pueden hacer pasar a determinados pueblos al socialismo salvando la etapa capitalista y otras conquistas teóricas importantes, son la obra de los camaradas soviéticos. Sin hablar, por no repetir, de la elaboración de la transición del socialismo al comunismo.

¿ Se puede disminuir la importancia de esta enorme aportación al enriquecimiento del marxismo-leninismo, que tiene su punto de partida en el XX Congreso?

Hay que decir que si los dogmáticos que resisten a los nuevos planteamientos no tienen razón, tampoco la tienen los que reprochan a los camaradas soviéticos no ser bastante activos en ese terreno. En vez de exigir ¡ más y más! ellos mismos podrían proponer aquellas tesis concretas que a su juicio hayan madurado.

El XXII Congreso, un himno a la paz

He dejado para el final, a fin de terminar mi informe sobre un aspecto fundamental del XXII Congreso, la aportación extraordinaria que éste representa a la defensa de la paz mundial.

El XXII Congreso es un himno a la paz. Un Partido que llama a su pueblo a poner en tensión todas sus energías para edificar en veinte años el comunismo; un Partido que denuncia sincera y honradamente sus errores y defectos sin temor a la especulación que el enemigo pueda hacer con esa denuncia, no es un Partido que prepara la guerra, es un Partido que quiere la paz y que cree en la paz. El XXII Congreso ha forta-

Unión Soviética.

En una situación tan tensa como la que vivimos era impresionante la calma y la serenidad con que los dirigentes soviéticos abordaron las cuestiones internacionales en litigio, particularmente el problema de Berlín occidental y de Alemania.

Este problema está sobre el tablero y hay que resolverlo. ¿ Cómo? Por medio de la negociación. Mas si los imperialistas se niegan a negociar, la Unión Soviética, de acuerdo con todos los Estados pacíficos interesados, firmará la paz con la Alemania democrática y resolverá el problema de Berlín. Los imperialistas no están en condiciones de imponer por la fuerza la continuación de la anómala situación existente; pasaron los tiempos en que podían dictar su ley al mundo. La Unión Soviética y los países socialistas son más fuertes que el imperialismo. Pero no amenazan, no tratan de imponerse a nadie. Quieren algo que conviene a toda la Humanidad, aunque no interese a ciertos grupos imperialistas: que Alemania deje de ser un foco de guerra.

La serena exposición de la formidable potencia que hoy posee la Unión Soviética no tenía el fin de amedrentar a nadie, sino de refrescar ciertas cabezas calenturientas que no han asimilado aún los cambios operados en la correlación de fuerzas.

Mas la confianza en el poderío de la Unión Soviética no disminuye la responsabilidad de todos los pueblos, incluido el nuestro, en la defensa de la paz. Los planteamientos hechos en nuestro Comité Central último siguen siendo plenamente valederos.

El camarada Jruschov, sostenido unánimemente por todo el Congreso, volvió a reiterar las proposiciones para un desarrollo mundial, completo y controlado. También confirmó que los comunistas no permitirán la exportación de la contrarrevolución y que ante cualquier intento de este género « los comunistas llamarán a los pueblos de todos los países a unirse, a movilizar sus fuerzas y a dar, apoyándose en la potencia del sistema socialista mundial, una respuesta enérgica a los enemigos de la libertad, a los enemigos de la paz ».

Aprobando el programa de la edificación del comunismo, la Unión Soviética ha dado al mundo un testimonio indudable de su voluntad de trabajar para mantener y consolidar la paz mundial. Ha demostrado que por su esencia misma, el socialismo es un régimen de paz, en oposición al imperialismo que ha marcado su paso por la historia con una estela de guerras y de agresiones bandídicas.

Hace dos meses, el Pleno de nuestro Comité Central trató ampliamente de la profunda significación que tiene para la defensa de la paz el programa de la edificación del comunismo. Ello me libera de insistir más ampliamente sobre este aspecto fundamental del XXII Congreso.

Un reo en el banquillo de la historia : el imperialismo

¿ Qué decir, pues, en conclusión sobre el XXII Congreso? El XXII Congreso ha sentado en el banquillo de la historia a un reo: ese reo es el imperialismo. Un jurado implacable le condena: el socialismo triunfante en doce países; el comunismo en vías de edificarse en la U.R.S.S.; las revoluciones de liberación nacional que se extienden por lo que fueron imperios coloniales; la lucha de las masas trabajadoras por su emancipación en los países capitalistas; el formidable movimiento de renovación democrática y social que sacude los últimos fundamentos del imperialismo.

Ese jurado impresionante, ¿ cómo ha podido surgir y crecer hasta hallarse en condiciones de dictar su sentencia?

Ha surgido y ha crecido gracias a la lucha de los pueblos encabezada y dirigida por los Partidos Comunistas; gracias a la primera revolución socialista del mundo.

Y cuando los dirigentes de ésta — con una honestidad y franqueza que impresiona a todas las gentes honestas y las lleva a aumentar su confianza en el comunismo — denuncian las irregularidades y los atropellos cometidos por Stalin en un período, ¿ puede admitirse que los pescadores en río revuelto

intenten sustituir al reo, sacar al imperialismo del banquillo, para situar en él a los Partidos Comunistas? De ninguna manera.

Los Partidos Comunistas tienen el mérito inmenso de haber sido los artífices, a la cabeza del pueblo, de las grandes transformaciones de esta época. Y continuarán el camino emprendido. Ni ellos ni los pueblos permitirán que el imperialismo escape a la condena histórica definitiva.

Por el contrario, millones de trabajadores influenciados por la socialdemocracia, por el anarquismo y por otras corrientes pequeño-burguesas, verán, tras el XXII Congreso, que el movimiento comunista, al pasar de la adolescencia a la juventud, se mejora, se libera de ciertas adherencias extrañas a él.

El XXII Congreso sienta en este sentido, las bases para marchar hacia la liquidación de la escisión en el movimiento obrero, hacia la unificación de las masas trabajadoras sobre los principios del marxismo-leninismo. El XXII Congreso da nuevas armas para la realización de la alianza de la clase obrera con los campesinos y con las capas medias urbanas. El XXII Congreso será, como lo fue el XX, y aún más, el punto de partida para un nuevo reforzamiento, para nuevas victorias del comunismo en escala mundial.

He aquí las conclusiones a que ha llegado por el momento el Comité Ejecutivo del Partido examinando las cuestiones planteadas en el XXII Congreso y la discusión suscitada en torno a ellas, y esas conclusiones las traemos a vuestro examen y discusión.

DECLARACION SOBRE EL XXII CONGRESO DEL PARTIDO COMUNISTA DE LA UNION SOVIETICA

EL Comité Central del Partido Comunista de España, reunido en la primera quincena de diciembre, aprueba por unanimidad el informe presentado por el camarada Santiago Carrillo sobre el XXII Congreso del P.C.U.S. Aprueba igualmente la gestión de su delegación a dicho Congreso, presidida por la camarada Dolores Ibárruri.

La celebración del XXII Congreso del P.C.U.S. tiene una significación de alcance universal, ante todo por ser el Congreso en que se ha aprobado el programa de edificación en veinte años de la primera sociedad comunista de la historia. En el curso de sus sesiones, se han desarrollado las tesis fundamentales elaboradas por el XX Congreso en relación con la coexistencia pacífica, la nueva correlación de fuerzas en escala mundial, las diferentes formas de dictadura del proletariado y del paso al socialismo, tesis aprobadas ulteriormente — en 1957 y 1960 — por el movimiento comunista internacional. El XXII Congreso del P.C.U.S. ha efectuado asimismo un balance, altamente positivo, de los resultados obtenidos en función, precisamente, de la orientación tomada en 1956.

El restablecimiento de las normas leninistas en la vida del Partido, el fortalecimiento impetuoso de la democracia socialista, la progresiva ruptura de las barreras dogmáticas y burocráticas, tanto en la esfera de la actividad práctica como de la teórica, han dado ya frutos considerables. Los éxitos conseguidos en esa perspectiva permiten al P.C.U.S., a la sociedad soviética, plantearse de una forma viva y concreta la edificación del comunismo. La realización por el P.C.U.S. y por el pueblo soviético de esta tarea histórica ejercerá una influencia decisiva sobre el desarrollo de la humanidad. Para llevarla consecuentemente a cabo, era preciso volver, de forma abierta y audaz, de cara a todo el

Partido y a las masas más amplias, con vigor cauterizador, sobre las llagas y las laceras que el culto a la personalidad llevaba consigo. La crítica de ese pasado abre los cauces del porvenir. No puede, con rigor, plantearse la edificación del comunismo, que implica no sólo un desarrollo económico sin precedentes, sino asimismo un progreso cualitativo en la cultura y en la conciencia social, sin liquidar hasta sus más hondas raíces las secuelas del culto a la personalidad en todas las esferas de la vida política y social.

El XXII Congreso del P.C.U.S., en tanto que reflejo sintético de la realidad soviética de hoy, ha venido a dar un golpe decisivo, a enterrar históricamente todos los ataques y críticas de las escuelas, supuestamente socialistas, que se oponían al marxismo-leninismo. Suministra razones fundamentales, no para revisar, sino para reafirmar, enriqueciéndola y desarrollándola, la ciencia de la revolución social elaborada por Marx, Engels y Lenin.

El Comité Central del Partido Comunista de España considera que en su XXII Congreso, el P.C.U.S. ha dado nuevamente la prueba de su vitalidad y de su madurez, de su fidelidad al marxismo creador, al leninismo. El P.C.U.S. ha prestado una ayuda teórica considerable al esclarecimiento riguroso de los problemas fundamentales de la época actual, problemas con los que, de forma específica y a veces peculiares, se enfrentan todos los Partidos comunistas y obreros. Por ello, la aprobación de las tesis y de los planteamientos del XXII Congreso del P.C.U.S. no puede ser un acto meramente protocolario; implica un esfuerzo autónomo de reflexión y de asimilación crítica, en cuyo desarrollo tiene que reflejarse la unidad de

principios sobre la base del marxismo-leninismo.

★

EL XXII Congreso del P.C.U.S. debe definirse como el Congreso de la edificación del comunismo, de los constructores del comunismo. Este es su contenido esencial, aquí radica su importancia histórica de alcance universal. La prensa de la burguesía reaccionaria, los órganos de información del mundo capitalista, han intentado, y seguirán intentando, desvirtuar dicho contenido. Ello expresa, por una parte, su temor ante el desafío pacífico que lanzan el P.C.U.S. y el pueblo soviético; por otra parte, manifiesta su intención de sembrar la confusión y la duda en ciertos sectores de las masas, presentando únicamente y de forma desorbitada los aspectos críticos del XXII Congreso. Como era de prever, en esa labor se ha destacado la prensa franquista, al amparo del monopolio de que goza en función de la estructura dictatorial y terrorista del régimen de Franco.

Los comunistas, todas las organizaciones del Partido, deben reaccionar con espíritu ofensivo ante semejantes tentativas. Y la mejor forma de hacerlo así consiste en popularizar el programa de edificación del comunismo aprobado en el XXII Congreso del P.C.U.S.

La edificación de la sociedad comunista es una tarea práctica inmediata del pueblo soviético y sus fundamentos se habrán establecido en los próximos veinte años. Los rasgos esenciales de dicha sociedad se dibujarán, de una forma viva y concreta, en el programa del P.C.U.S. Si se recuerda que Marx y Engels, fundadores del socialismo científico, se negaron siempre a vaticinar

cuales serían las características concretas de la sociedad sin clases del futuro, ya que ésta no puede salir del cerebro de los hombres, por geniales que sean, sino de todo el desarrollo histórico real de la sociedad socialista, este solo hecho demuestra la victoria irreversible del movimiento obrero revolucionario que el programa del P.C.U.S. viene a poner de manifiesto. El comunismo, con Marx y Engels, dejó de ser un sueño, se convirtió en una posibilidad real, científicamente esclarecida en sus líneas generales, aunque todavía remota. Con el programa del P.C.U.S., la edificación del comunismo se convierte en una tarea práctica inmediata para el pueblo soviético, previsible en plazo no muy lejano para los países socialistas más desarrollados.

La sociedad comunista es una sociedad donde imperará la abundancia de bienes materiales y culturales, que permita la aplicación del principio « de cada cual, según su capacidad; a cada cual, según sus necesidades ». Sólo la abundancia, conseguida por el desarrollo ininterrumpido de la producción social y el elevado rendimiento del trabajo, sobre la base de un rápido progreso técnico-científico, permitirá liquidar las desigualdades todavía inevitables en la primera fase de la transición del capitalismo al comunismo, en que, como dijera Marx, sigue rigiendo, en parte, el derecho burgués. La desaparición completa de las clases sociales y de las diferencias esenciales entre la ciudad y el campo; la conjunción orgánica del trabajo manual y del trabajo intelectual; la igualdad efectiva de todos los hombres respecto a los medios de producción y a las condiciones de trabajo; la activa participación de todos en la gestión de los asuntos sociales, con todas las transformaciones que ello implica en la moral y en la conciencia de los hombres: todos estos rasgos de la sociedad comunista se asientan en la sólida base material de la abundancia de bienes.

**¡ ESPAÑOLES ! ESCUCHAD
RADIO ESPAÑA
INDEPENDIENTE**

(Estación pirenaica)

Transmite todos los días :

*De 7 a 7 y media de la mañana
por campos de onda de 24, 26 y 30
metros.*

*De 5 y media de la tarde a 12 y
media de la noche por campos de
onda de 30, 39 y 43 metros.*

*Oigan también los domingos los
PROGRAMAS DE SOBREMESA :
De 1 y media a 2 y media de la
tarde por campos de onda de 24,
26 y 30 metros.*

El comunismo es, pues, la forma superior de organización de la vida social. Comparada con la riqueza y variedad de la sociedad comunista real, cuyos rasgos ya se perfilan concretamente en el horizonte histórico, parece gris y uniforme la imagen de la sociedad futura que esbozaba, por ejemplo, Weitling, el primer socialista utópico de origen proletario. Imaginaba éste el comunismo, a mediados del siglo pasado, como un sistema de comunas organizadas según normas en las que se fundían rasgos patriarcales con métodos militares de administración y dirección, regido por un directorio de tres sabios filósofos. Así se demuestra, una vez más, que la realidad es más rica y más compleja que todas las construcciones utópicas.

La realización del programa de edificación del comunismo, aprobado por el P.C.U.S., ejercerá una influencia considerable en todo el desarrollo histórico de los próximos decenios. Sobre las masas trabajadoras del mundo capitalista, sobre los pueblos recién liberados, o en trance de liberarse del sistema colonial, se hará sentir su poderosa fuerza de atracción. Las fuerzas de la burguesía monopolista, del imperialismo, serán constantemente socavadas por cada paso realizado en la edificación del comunismo en la U.R.S.S., facilitándose directamente la lucha de todos los oprimidos y explotados por sus derechos y por sus mejores condiciones de vida.

El Comité Central del Partido Comunista de España llama a todas las organizaciones y militantes comunistas a estudiar el programa aprobado en el XXII Congreso del P.C.U.S., para compenetrarse profundamente, de forma viva y concreta, con sus ideas esenciales. La discusión de este histórico documento con los trabajadores socialistas, anarquistas y católicos, con las masas de obreros sin partido, puede ayudar considerablemente a superar las divisiones en el seno del movimiento obrero español. Puede contribuir a elevar el nivel de conciencia y de combatividad de las masas populares en la ciudad y en el campo. En esa labor de popularización del programa del P.C.U.S. entre los trabajadores, las organizaciones y militantes deberán destacar los éxitos ya alcanzados por el sistema soviético; deberán poner el acento en todas las conquistas materiales y culturales previstas para todos los ciudadanos soviéticos en el programa de edificación del comunismo.

El Comité Central encarga a todos sus organismos de prensa y propaganda, así como a las redacciones de sus revistas ideológicas, la elaboración de un plan concreto de trabajo destinado a presentar de forma profunda y asequible a las masas todo el contenido del XXII Congreso en relación con el programa de edificación del comunismo en la U.R.S.S.

✱

LA burguesía reaccionaria especula con la denuncia del culto a la personalidad, las violaciones de la legalidad socialista y la represión arbitraria que se abatió en un período determinado de la jefatura de Stalin sobre honestos revolucionarios, comunistas irreprochables. Ello era de prever. Del enemigo de clase no cabía esperar otra cosa. Pero también es cierto — y sería miopía no verlo — que en diversos sectores sociales que simpatizan con las ideas del socialismo, y en las propias filas del Partido, la crítica intran-

sigente de todos esos hechos del pasado provoca ciertas preocupaciones, ciertos interrogantes y confusiones. De ahí la necesidad, no sólo de responder con espíritu combativo y polémico a los miserables voceros de la propaganda franquista, que se presentan como « humanistas » y defensores de los « derechos de la persona », cuando son servidores de un régimen dictatorial donde la represión y la arbitrariedad son el pan de cada día, desde hace veinticinco años, sino también de explicar de manera seria y convincente todos los problemas relacionados con los orígenes y las consecuencias del culto a la personalidad de Stalin.

Esta labor ha sido acometida por el Comité Central del P.C.U.S., desde el XX Congreso, con un espíritu leninista, audaz y consecuente. Para todo el movimiento comunista internacional — en el que, de una u otra forma, se hacían sentir las consecuencias del culto a la personalidad — esa iniciativa del P.C.U.S. tuvo y sigue teniendo una importancia considerable. Contribuyó decisivamente a romper los viejos moldes dogmáticos, los métodos de dirección no leninistas, que entorpecían el desarrollo del movimiento comunista. En el seno de nuestro Partido, ya antes de que tuviese lugar el XX Congreso, se desarrollaba una lucha por los principios leninistas, contra los métodos antidemocráticos, de orden y mando, de estrangulamiento de la crítica y del contraste de opiniones. Momentos importantes de esa lucha fueron el informe de la camarada Dolores Ibárruri ante un grupo de militantes en diciembre de 1951; la « Carta abierta a las organizaciones del Partido » de 1952 y el V Congreso del Partido en 1954. En su Pleno de agosto de 1956, el Comité Central de nuestro Partido examinó las cuestiones del culto a la personalidad, haciendo un serio esfuerzo por profundizar en el análisis de sus repercusiones en nuestro Partido. Lo hizo con espíritu autocrítico, ya que lo esencial en esta cuestión no son las formulaciones generales, sino el análisis concreto de las raíces de los errores pasados y el restablecimiento real del estilo de dirección leninista.

El ejemplo dado por el P.C.U.S. con su crítica de los errores y arbitrariedades del pasado es único en la historia de los sistemas políticos. Sólo el Partido forjado por Lenin y por los bolcheviques podía acometer tamaña empresa. Junto con las medidas prácticas ya aprobadas, y en plena aplicación, que se relacionan con el nuevo desarrollo de la democracia socialista y con la introducción, en los estatutos del P.C.U.S., de toda una serie de normas destinadas a impedir la cristalización de « núcleos de poder » inamovibles, ese espíritu autocrítico y audaz, esa llamada vigorosa a la conciencia socialista de las masas trabajadoras, constituyen la mejor garantía de que no volverán a producirse deformaciones y aberraciones en la vida de la sociedad soviética.

Haciéndonos fuertes en la victoria de la dictadura del proletariado en la U.R.S.S., en sus grandes realizaciones, en la victoria mundial del leninismo teórico y práctico, los comunistas intensificaremos nuestra acción por convencer, movilizar y organizar a todos los trabajadores en quienes todavía influyen las corrientes de la socialdemocracia y del anarquismo, extrañas a la ideología proletaria, para que participen en la lucha por la paz, contra el imperialismo, por la democracia y el socialismo.

Los dirigentes de la socialdemocracia germánica son responsables de la derrota de la revolución en Alemania, en los años veinte. Su política de división de la clase obrera ha facilitado decisivamente la subida de Hitler al Poder, o sea, la posibilidad para el régimen nazi de aniquilar a millones de hombres en las cámaras de gas y los hornos crematorios, de desencadenar una bestial guerra imperialista. Pues bien, ¿cuándo han examinado autocríticamente sus responsabilidades los dirigentes socialdemócratas? No sólo no lo han hecho nunca, sino que siguen reivindicando aquella política nefasta, siguen siendo los auxiliares directos del revanchismo germano-occidental. La socialdemocracia europea es directamente responsable de la política llamada de « no intervención », que permitió ahogar a la República española y aplastar la revolución democrática en nuestro país; es, por tanto, co-responsable en la muerte de centenares de miles de españoles, víctimas de la guerra y de la represión más brutal. Pues bien, ¿cuándo han reconocido autocríticamente sus responsabilidades los dirigentes de la socialdemocracia europea? No sólo no las han reconocido, sino que siguen siendo los auxiliares directos de la política yanqui de apoyo al régimen de Franco.

Ni política ni moralmente se puede, por tanto, reconocer a los dirigentes socialdemócratas derecho alguno a formular críticas al movimiento comunista. La única alternativa que ofrecen, frente a la experiencia victoriosa de la dictadura del proletariado, es la de su « leal gerencia » de los intereses capitalistas; la de su incapacidad para instaurar el socialismo en aquellos países en que han tenido el Poder durante años; la de su participación en la política colonialista de los gobiernos burgueses que han sostenido o en los que han colaborado.

Si se observa el mundo que nos rodea, con un mínimo de objetividad, será forzoso admitir que en estos últimos años, mientras la democracia se desarrolla en la U.R.S.S., se restringe y se ve recortada en el occidente capitalista; mientras se fortalece la legalidad socialista y se corrigen enérgicamente en la U.R.S.S. todos los errores del pasado, se extienden por el llamado « mundo libre » la arbitrariedad y la violencia fascista, el racismo y la tortura como método político. De un lado, en suma, el mundo de los Gagarin y de los Titov, que personifican las mejores cualidades de una juventud trabajadora y estudiosa, de una generación que conocerá el comunismo; de otro lado, el mundo de los asesinos de Lumumba, de los mercenarios invasores de Cuba, de los racistas « ultras » de Argel, de los coroneles facciosos y torturadores, el mundo de los Creix y de los Reguengo. Esta realidad indiscutible hace que los comunistas podamos reflexionar sobre los problemas del culto a la personalidad, sus orígenes y consecuencias, con la mayor serenidad, con la convicción de que la dictadura del proletariado se sitúa históricamente a un nivel infinitamente superior al de la democracia burguesa más desarrollada y refinada.

L A dictadura del proletariado es el Poder estatal de los trabajadores, dirigidos por

la clase obrera, y cuyo fin es la construcción del socialismo. Como todo Poder estatal, la dictadura del proletariado significa coerción, acaso violenta, sobre determinadas clases y capas sociales — en este caso, sobre la minoría explotadora — y despliegue progresivo y continuo de la democracia para las demás clases y capas de la sociedad — en este caso, para la inmensa mayoría de ésta, compuesta por las masas trabajadoras —. « La esencia de la dictadura proletaria, — precisaba Lenin —, no reside en la sola violencia, ni es principalmente la violencia. Lo principal está en la organización y disciplina del destacamento avanzado de los trabajadores, de su vanguardia, de su único dirigente, que es el proletariado. El fin de éste es crear el socialismo, acabar con la división de la sociedad en clases, convertir en trabajadores a todos los miembros de la sociedad, privar de su terreno a toda explotación del hombre por el hombre. »

Toda la experiencia histórica de la U.R.S.S. confirma la justeza de las ideas de Marx y Engels acerca de la dictadura del proletariado, ideas desarrolladas por Lenin sobre la base de la riquísima y compleja experiencia de la revolución socialista. Confirma igualmente que lo que separa a los marxistas verdaderos de los semimarxistas y oportunistas de todo tipo consiste precisamente en el reconocimiento de la dictadura del proletariado como fase necesaria en el período de transición del capitalismo al comunismo.

La necesidad histórica de la dictadura del proletariado no es un invento de los marxistas revolucionarios. Se desprende del análisis objetivo, científico, de la historia de las sociedades de clase, de la estructura y la función del Poder estatal en dichas sociedades. En el período de transición que media entre el capitalismo y el comunismo tienen que darse obligatoriamente, como recordaba Lenin, « rasgos o particularidades propios a ambas formas económicas de la sociedad ». Pues bien, el Poder estatal es una de esas particularidades heredadas del capitalismo, aunque su función cambie radicalmente de signo después de la toma del Poder político por el proletariado. El Estado burgués capitalista, tiende a perpetuar la división de la sociedad en clases; el Estado proletario tiende a suprimir las clases y, por tanto, a suprimirse a sí mismo, a extinguirse, a lo largo de todo un proceso histórico, cuyo ritmo y cuyas fases no pueden predecirse de antemano, ya que dependen de un conjunto de circunstancias variables. Una de las diferencias fundamentales entre marxistas y anarquistas es la incapacidad de éstos para comprender la necesidad del Estado, en la primera fase de la sociedad socialista. De los oportunistas nos separan también diferencias radicales, ya que éstos no comprenden el carácter transitorio del Estado, y los cambios cualitativos en la función del Poder estatal proletario.

Tanto la necesidad histórica de la dictadura del proletariado, como su carácter transitorio, se ven confirmados por la expe-

riencia concreta de la U.R.S.S. Experiencia cuya generalización teórica queda expuesta en el programa aprobado en el XXII Congreso del P.C.U.S. La discusión de estas cuestiones tiene una enorme importancia; no puede ser algo académico, ya que está ligada a una justa comprensión de los problemas actuales y de la perspectiva de la revolución socialista. La dictadura del proletariado — o sea, el Poder estatal de los trabajadores, dirigidos por la clase obrera — puede revestir diversas formas. De hecho, así ha ocurrido ya. La forma soviética y la forma de democracia popular son ejemplos históricos de esa posible diversidad. Actualmente, la revolución cubana, brinda otro ejemplo original. Es indudable que el movimiento de liberación en los países de Asia, de América del Sur y de África, dará origen a formas nuevas de Poder político de los trabajadores. Lenin escribía ya que « las nuevas revoluciones en los países de oriente, con una población infinitamente mayor y con una variedad de condiciones sociales infinitamente más grande, traerán sin duda una diversidad mayor que la revolución rusa ».

Uno de los méritos del P.C.U.S., desde su XX Congreso, reside precisamente en haber ayudado decisivamente al movimiento comunista a replantearse con espíritu leninista este conjunto de problemas, que, por otra parte, el desarrollo del sistema socialista mundial y la nueva correlación de fuerzas en escala universal habían hecho madurar objetivamente. El esclarecimiento de la posibilidad de la vía pacífica hacia el socialismo, de la utilización del Parlamento, en determinados países avanzados desde el punto de vista económico y político, por el Poder estatal proletario, está orgánicamente ligada a dicho análisis creador, basado en el leninismo.

Es claro, por otra parte, que la diversidad de formas en la transición del capitalismo al socialismo no impide, sino que implica, ciertos rasgos esenciales comunes. En octubre de 1919, Lenin decía ya: « En Rusia, la dictadura del proletariado tiene inevitablemente que entrañar ciertas particularidades, en relación con los países avanzados, dado el retraso tan sensible y el carácter pequeño burgués de nuestro país. Pero las fuerzas esenciales — y las formas esenciales de la economía social — son las mismas en Rusia y en cualquier país capitalista, de modo que dichas particularidades sólo pueden concierne a lo que no es fundamental. »

Al exponer todas estas cuestiones de una forma viva y asequible ante las masas trabajadoras de nuestro país, los comunistas debemos evitar los peligros del dogmatismo y del revisionismo. Lo propio del dogmatismo es proceder como si la teoría hubiese quedado definida de una vez para siempre; lo propio del revisionismo es el frenesí de la búsqueda y de la investigación, la subestimación de los hallazgos teóricos ya logrados. Debemos huir también de un defecto en que hemos caído más de una vez, y que

estraba fundamentalmente en una cierta idealización de la dictadura del proletariado. Ciertamente que ésta, como ya se ha dicho, se sitúa muy por encima de cualquier democracia burguesa. Pero la vía de desarrollo de la dictadura del proletariado no es una calzada real, sin obstáculos, rectilínea. Es una vía complicada y difícil, como corresponde a un período de transición, en el que perduran rasgos muy numerosos del pasado capitalista, cuya extinción no es automática. Puede exigir, en determinados períodos y circunstancias, una concentración férrea de las fuerzas de vanguardia, de los instrumentos de Poder o de autoridad, con limitaciones de la democracia y todos los riesgos que ello entraña inevitablemente. Contemplada desde el nivel histórico del pasado capitalista, la dictadura del proletariado significa un progreso social, político y cultural incalculable; pero si nos esforzamos por contemplarla desde el ya próximo porvenir de la sociedad comunista, aparecerán claramente todas las limitaciones y contradicciones que encierra. Los comunistas rusos, el Partido de los bolcheviques, acometieron esa empresa por primera vez, entre un cúmulo de dificultades inimaginables, y de esa empresa han salido victoriosos, pese a los pronósticos del escepticismo y el griterío de los trotskistas y derechistas. En esa victoria, el movimiento comunista internacional también ha tenido su parte, y de ello puede legítimamente enorgullecerse.

★

EL culto a la personalidad de Stalin se ha desarrollado en la U.R.S.S. en contradicción con todas las normas y exigencias básicas del sistema socialista, llegando a constituir una excrecencia malsana, que era preciso extirpar y que se ha extirpado. Por otra parte, en todo el movimiento comunista se han reflejado, de una u otra forma, las consecuencias negativas del culto a la personalidad, cuyas raíces aún no han sido extirpadas por entero, como lo demuestra el caso de los dirigentes albaneses. La experiencia del P.C.U.S. pone de relieve que sólo mediante el desarrollo de una lucha política e ideológica de principios, que puede adquirir rasgos de gran aspereza, consiguen superarse las secuelas del culto a la personalidad.

No se puede abordar la cuestión de las raíces y causas del culto a la personalidad de un modo académico, como si fuese un problema meramente histórico, como si se tratara de elucidar tal o cual aspecto poco conocido de alguna antigua civilización. Se trata de un problema actual, de cuya superación definitiva depende, en buena parte, la perspectiva del movimiento comunista mundial. Siguiendo el ejemplo del P.C.U.S. hay que abordar esta cuestión tanto en el plano histórico — en el sentido de restablecer el verdadero contenido de un determinado pasado — como en el plano político y teórico. Y al hacerlo así, los Partidos comunistas y obreros no pueden en ningún momento olvidar que toda esa labor ha de realizarse bajo el fuego a mansalva del enemigo de clase, que no es una labor de gabinete, sino un trabajo revolucionario de masas. Lo cual exige un gran dominio teórico y táctico, un sentido agudo de las realidades de clase, un espíritu de ofensiva para reaccionar oportunamente contra las tentativas de la burguesía reaccionaria, una gran audacia polémica para rebatir incansablemente todas las pseudo-teorías liberales,

socialdemócratas e izquierdistas sobre las cuestiones del culto a la personalidad.

Sobre la base de los documentos del XXII Congreso, así como de diversos materiales teóricos del P.C.U.S. y de otros Partidos comunistas; sobre la base del informe presentado por el camarada Santiago Carrillo en nombre del Comité Ejecutivo, el Comité Central del Partido Comunista de España organizará el estudio y la discusión de estos problemas en el seno del Partido, así como con los trabajadores revolucionarios y antifranquistas.

El culto a la personalidad es un fenómeno extraño al marxismo revolucionario, opuesto a todos los principios del socialismo y a la naturaleza misma del régimen social de la dictadura del proletariado. Acabar con todas sus secuelas es una necesidad vital para todo el movimiento comunista internacional.

★

EL movimiento comunista internacional hoy en día se diferencia mucho del que existía en tiempos de la Internacional Comunista. Hoy no hay un Partido Comunista internacional, hay un movimiento comunista mundial. No se trata sólo de un cambio de nombre, sino también de un cambio de contenido. Hoy no existe ningún centro internacional dirigente, ni, como han proclamado antes que nadie los camaradas soviéticos, ningún Partido dirigente.

La desigualdad en el nivel de desarrollo de los diferentes Estados socialistas, las peculiaridades del gigantesco movimiento de liberación de los pueblos coloniales, las características nacionales tan diversas: todo un conjunto de factores — producto, por otra parte, del crecimiento histórico y de los éxitos del movimiento comunista — imponen nuevas formas de colaboración y de unidad, de discusión y de elaboración común de los problemas fundamentales de nuestra época.

El problema esencial a resolver reside en la combinación de la indispensable autonomía de cada Partido con la unidad necesaria sobre la base del marxismo-leninismo. Sólo en la dirección crítica y creadora seguida por el P.C.U.S. desde el XX Congreso, y ratificada en el XXII pueden hallarse las soluciones a tan importante problema.

En esa perspectiva, el Comité Central del Partido Comunista de España considera justo y necesario el planteamiento público por el P.C.U.S. de las divergencias fundamentales que oponen a los dirigentes albaneses a la línea aprobada en 1957 y 1960 por el movimiento comunista internacional. Esas divergencias no son de hoy. En realidad, los dirigentes albaneses nunca han aceptado el viraje histórico que para los marxistas revolucionarios significó el XX Congreso del P.C.U.S. Nunca han aceptado la crítica del culto a la personalidad, porque en su país siguen fomentándolo y vulnerando la legalidad socialista. Esas divergencias estallaron en la conferencia de los 81 Partidos comunistas y obreros y probablemente como represalia por la actitud adoptada por la delegación de nuestro C.C. en esa discusión ni siquiera fue invitado nuestro Partido a enviar representantes suyos al último Congreso del Partido del Trabajo Albanés. Otros Partidos ya han informado públicamente de

su oposición a los métodos y al contenido político impuesto en dicho Congreso por dirigentes albaneses. ¿Debió seguir manteniéndose el silencio sobre esta situación sobre los daños que al movimiento comunista infligen los procedimientos terroristas y el dogmatismo sectario de los dirigentes albaneses? ¿No tienen derecho los comunistas a saber cuál es la situación real, a poder opinar sobre ella y comprender los peligros que encierra? Es evidente la respuesta. Una de las enseñanzas del leninismo consiste precisamente en el planteamiento público, político de todos los errores, en crítica intransigente de principios. Interferir en esas cuestiones no es intervenir en los asuntos internos de un Partido; es tomar posición sobre problemas que conciernen directamente a todo el movimiento comunista mundial.

La situación creada por los dirigentes albaneses, por su ataque abierto y caluroso a la U.R.S.S. y a los principios aprobados por el movimiento comunista internacional, ponen de relieve una vez más la necesidad de proseguir la lucha contra el dogmatismo sectario, por la liquidación de todas las secuelas del culto a la personalidad.

★

LA situación de clandestinidad en que se desenvuelve la actividad de nuestro Partido, sometido a la constante represión policíaca, exige que sigan manteniéndose ciertas limitaciones, muy profundas algunas de ellas, de la democracia interior en nuestras filas. Esto es inevitable, y todo liberalismo, toda superficialidad en estas condiciones de organización atentarian a la seriedad, a la vida misma del Partido.

Esta situación objetiva exige un esfuerzo constante, tenaz, por parte de todos los organismos de dirección para asegurar en la medida de lo posible una vida política activa, una discusión concreta y profunda en las organizaciones del Partido. Lo que es fundamental, en estos momentos, es asegurar la aplicación de la política de organización aprobada en el VI Congreso, cuya directriz esencial consiste en el funcionamiento de los comités del Partido, en todos los escalones, como verdaderos órganos políticos de dirección colectiva.

Pese a enormes dificultades, el Comité Central del Partido Comunista de España viene desempeñando su función de organismo dirigente, desde 1956, de forma regular, a través de sus reuniones plenarios y la consulta y participación de todos los miembros en la elaboración y discusión de los problemas políticos. El mantenimiento de esta norma directriz, con espíritu combativo, el desarrollo de la lucha ideológica contra todas las desviaciones del leninismo, asegurarán la elevación del nivel político de la conciencia comunista de nuestros cuadros y militantes en la lucha contra la dictadura franquista y por el triunfo de la revolución en nuestro país.

EL COMITE CENTRAL
DEL PARTIDO COMUNISTA
DE ESPAÑA

Diciembre de 1961.